

Jan Philip Svetlik

Siguiendo las pisadas del Maestro

Cómo la mansedumbre de Jesús
puede cambiar tu vida

30 meditaciones diarias



Las citas bíblicas las hemos tomado casi siempre
de la Versión Reina – Valera 1909 o 1960.

Autor: Jan Philip Svetlik
Título original en alemán: «In den Spuren des Meisters»

Primera Edición 2024 (CLV)

© 2024 por la editorial CLV e. V.
Ravensberger Bleiche 6
33649 Bielefeld
Alemania
www.clv.de

Traducción del alemán: Elisabet Ingold-González, Leonberg, Alemania
Edición: EDV- und Typoservice Dörwald, Steinhagen, Alemania
Portada: David Lehnhardt, Berlin, Alemania
Impreso por: BasseDruck GmbH, Hagen, Alemania

ISBN 978-3-86699-735-6 (CLV)
ISBN 978-1-913232-70-2 (The Bereans)

Contenido

Introducción	7
Aprender del Maestro	12
¿Qué es la mansedumbre?	16
Mansedumbre hacia Dios	21
«Sí, Padre»	21
Deseos que no se cumplen	30
Pensamientos conmovedores	36
La copa del Padre	42
Aceptar las pruebas y el sufrimiento con mansedumbre	48
Cuando Dios nos da tareas	53
Abandonar la comodidad con mansedumbre	58
El Bautismo de Jesús	62
Mansedumbre hacia las personas	68
Moisés – el hombre más manso de su tiempo	68
Escogido entre diez mil	73
Educar con mansedumbre	79
La mansedumbre cuando uno sufre el rechazo	86
La mansedumbre ante la ingratitud	91
Su reacción cuando le insultaron duramente	95
Mansedumbre a pesar de la oposición	98
El León y el Cordero	103
Manso pese a falsas acusaciones	111
El Cordero de Dios en el sufrimiento	115
Una mansedumbre que no se puede superar	119

Ganar almas con mansedumbre	125
Vencer el mal con el bien	125
Cuando la mansedumbre quebranta los corazones duros	130
Restaurar con mansedumbre a un creyente	135
Juan el Bautista en la cárcel	135
Simón Pedro: la profunda caída del pescador de hombres	140
Amonestar a los adversarios con mansedumbre	149
En casa de Simón el fariseo	149
Mansedumbre para con Judas Iscariote	154
La promesa de Dios para los mansos	158
Dios guía a los mansos	158
Más alegría en el Señor	164
Alegría en la cárcel	165
El ejemplo del Maestro	169
Motivación para que seamos mansos	172

Introducción

¿Cuál es el propósito de Dios para mi vida? ¿A qué me ha llamado y qué puedo hacer para aplicarlo en mi vida diaria y hacerlo una realidad? ¿Podría ocurrir que al final de mi vida me diera cuenta de repente de que he estado desviándome del objetivo porque Dios tenía otro propósito para mí desde el principio? ¿Te has hecho alguna vez estas preguntas?

Dios es muy claro en Su Palabra sobre Su propósito para nosotros. En Romanos 8:29, Pablo escribe: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo». Esto deja claro que Dios quiere transformarnos en la imagen de Su Hijo. ¡Qué meta tan extraordinaria y maravillosa!

En la práctica, esto significa que debemos parecernos cada vez más a Jesucristo en nuestra forma de pensar y de actuar, día a día. La meta final se alcanzará cuando lleguemos a la gloria del cielo, ¡pues entonces seremos por fin semejantes a Él y le veremos tal como Él es (ver 1 Juan 3:2)!

Aquí en la tierra somos discípulos del Señor en la escuela de Dios. Aprendemos de nuestro Maestro y somos formados por Él cada día. Imagina que visitas a un carpintero en su taller. Allí ves tablas en mal estado, sillas sin asiento y mesas a las que les faltan dos patas. Piensas para tus adentros que estos muebles no son especialmente bonitos o que algunos incluso están estropeados.

Como si el carpintero pudiera leer tus pensamientos, te dice: «Los objetos aún no están terminados. Aún estoy trabajando en ellos. Ven conmigo, te enseñaré el patrón según el cual serán elaborados». Luego te muestra muebles tallados, pulidos y perfectamente moldeados, sin un solo defecto. Te dice: «Cuando estén terminados, tendrán este aspecto».

Lo mismo ocurre con nuestro proceso de transformación en la imagen de Jesucristo. Todavía hay muchas cosas torcidas e imperfectas en nosotros. Pero Dios está en proceso de hacernos cada vez más semejantes a Su Hijo. Él es el modelo perfecto al que un día nos pareceremos cuando nuestro proceso de aprendizaje y la obra de Dios en nosotros se hayan completado.

Ahora, por supuesto, la cuestión es cómo puede comenzar hoy este proceso de transformación. ¿Qué herramientas nos ha dado Dios para vivir más como Cristo y qué podemos hacer para que el propósito de Dios sea cada vez más una realidad en nuestras vidas ahora mismo?

¡Dios ya nos ha provisto de todo lo que necesitamos para ello! Uno de los mayores regalos que nos ha dado con la conversión es la vida eterna. ¿Por qué? Porque esta vida no es sólo una vida que nunca termina; es mucho más que eso. Es una calidad de vida totalmente nueva: es una vida abundante (véase Juan 10:10). La vida eterna te ha dado una capacidad tremenda: Puedes tener comunión con Dios Padre y Dios Hijo (ver Juan 17:3). ¡Tal cosa era impensable para los creyentes del Antiguo Testamento!

Pero la vida eterna va aún más lejos: es la vida del propio Señor Jesús, es decir, es la vida que Él nos reveló y vivió.

Él nos dio ejemplo aquí en la tierra con su forma de actuar y Su manera de ser (ver 1 Jn 1:2). La Biblia dice, por un lado, que Cristo es la vida eterna y, por otro, que Él es nuestra vida (véase 1 Juan 5:20; Colosenses 3:4).

Esto resulta en un hecho extraordinario: ¡Dios te ha dado la vida que Jesús vivió aquí en la tierra! A través de la vida eterna, ¡ahora tienes la capacidad de vivir moralmente como tu Maestro vivió aquí! Esto puede sonar un poco abstracto, pero tiene consecuencias muy prácticas, ¡y es fundamentalmente importante para el discipulado en la vida cotidiana! A lo largo de este libro, veremos cómo es esta vida en términos concretos y cómo puede hacerse más visible en nuestras vidas.

Pero esto aún no es todo: Dios no sólo te ha dado la vida de Su Hijo, también te ha dado el Espíritu Santo. ¿Por qué es esto tan importante en este contexto? Porque el Espíritu Santo te da el poder de vivir la nueva vida en la práctica. Cuando el Espíritu obra en ti, el fruto del Espíritu aparece en tu comportamiento, y esto es exactamente lo que se hizo visible en la vida de Jesús.

Mediante estos dos dones de increíble valor – la vida eterna y el Espíritu Santo –, ahora tienes la oportunidad de vivir cada día moralmente como Cristo vivió aquí, o, como escribe Juan: «de andar como él anduvo» (1 Jn 2:6). Esto es exactamente lo que la Palabra de Dios pide a cada cristiano que haga. Pedro dice: «... para que sigáis sus pisadas» (1 Pe 2:21). Pablo lo expresa de la siguiente manera: «Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús» (Fil

2:5). El apóstol se esforzó por alcanzar este objetivo precisamente en su labor con los creyentes. Por eso escribe a los Gálatas: «Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros» (Gál 4:19). ¡En esto consiste nuestra vida!

Pablo tenía un gran deseo desde su conversión: que Cristo fuera glorificado y engrandecido a través de él. No sólo le preocupaban las palabras de su predicación. Quería que la vida de Su Maestro se manifestara en su propio pensamiento y comportamiento (2 Cor 4:10,11). Pero esto sólo podía suceder si le ponía fin a su antigua vida diciendo con firmeza: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gál 2:20).

Esto nos lleva a la pregunta: ¿Qué podemos hacer concretamente para parecernos más a Cristo? O dicho de otro modo, ¿cómo podemos poner en marcha este proceso de transformación para que la vida de Jesús se vea más en nosotros? La clave se encuentra en 2 Corintios 3:18, donde Pablo escribe: «Pero todos nosotros, mirando a cara descubierta la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor».

Cuando ponemos la mira en el Hijo de Dios, ya sea en Su vida aquí en la tierra o en el lugar que ocupa ahora a la diestra de Dios, el Espíritu Santo hace algo que no podemos hacer con nuestras propias fuerzas: Nos transforma en la imagen de nuestro Señor y Maestro. Así pues, es el Espíritu Santo quien produce en nosotros la semejanza a Cristo cuando Jesucristo se halla ante nuestros corazones. Por eso es tan enormemente importante que todo discípulo de Jesús

se ocupe mucho con su Maestro y estudie Su vida en los Evangelios.

Esto es exactamente de lo que trata este libro: queremos tenerle ante nuestros ojos, contemplarle, mirarle, estudiarle y así interiorizar cómo vivió aquí en la tierra siendo nuestro modelo a seguir. Si lo hacemos con el deseo de ver Su gloria, nos asombraremos de lo amplia que es la belleza moral del Señor Jesucristo. En palabras de Spurgeon:

«Qué majestuoso es, y sin embargo tan manso en Su modo de conducirse. Tan solemne y, sin embargo, tan tierno en Su discurso. Tan imparcial en Su juicio y, sin embargo, tan perdonador en Su carácter. Tan lleno de celo y, sin embargo, tan lleno de paciencia. Tan sagaz para conocer la maldad y, sin embargo, tan lento para retribuirlo. Tan sabio como mentor, y sin embargo tan gentil y compasivo como amigo».

Es importante que recuerdes siempre una cosa: cuando veas a Jesús en Su mansedumbre, humildad, santidad, misericordia, justicia, gracia, longanimidad, autocontrol y paciencia, entonces podrás decir: «Ésta es mi vida. Dios me ha dado, con el don de la vida eterna, la capacidad de hacer visibles estas mismas cosas en mi vida». Ya posees la vida de Jesús. Ahora depende de ti que vivas esa vida en la práctica o, como escribe Pablo, que exhibas la palabra de vida (véase Fil 2:16), ¡para que Cristo sea glorificado a través de ti!

Aprender del Maestro

Todo discípulo de Jesús es un aprendiz, ¡todos los días! Debemos aprender de nuestro Maestro cada día y parecer-nos cada vez más a Él en el proceso. Esto es exactamente lo que el Señor pidió a Sus discípulos, diciéndoles: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11:29).

Los discípulos de aquella época tenían la lección viva cada día mientras acompañaban a su Señor y Maestro en Su ministerio público. ¿Y nosotros? Hoy tenemos los cuatro Evangelios que retratan Su maravillosa vida ante nuestros ojos y nos permiten aprender de Él a diario.

Los Evangelios nos presentan, por así decirlo, el gran patrón con el que debemos medirnos. ¿Qué quiero decir con esto? El Hijo de Dios es el patrón de nuestras vidas, en muchos sentidos:

- Debemos amarnos los unos a los otros como Él nos amó (véase Juan 13:34).
- Debemos perdonarnos unos a otros como Él nos perdonó (comp. Col 3:13).
- Debemos mostrar la misma obediencia que Él mostró aquí (ver 1Pe 1:2).
- Debemos recibirnos unos a otros como Él nos recibió (Rom 15:7).
- Y mucho más...

Cuando la esposa del misionero Adoniram Judson le informó de que le habían comparado con algunos de los apóstoles en un artículo de periódico, Judson replicó:

«No quiero ser como un Pablo [...] ni como ninguna otra persona. Quiero ser como Cristo [...] Sólo quiero seguirle a Él, copiar sus enseñanzas, beber de su espíritu y poner mis pies en sus pisadas [...] ¡Oh, ser más como Cristo!»

Imitar a Cristo no es una opción, sino un mandamiento.

.....
**Cuando obedecemos este mandamiento, es una
prueba convincente de que somos verdaderos
discípulos.** (William Nicholson)
.....

Cristo nos ha dejado un ejemplo para que sigamos Sus pisadas (1 Pe 2:21). El discipulado no es una profesión de fe, sino que tiene que ver concretamente con la imitación. Se trata sobre todo de la actitud de nuestro corazón interior y de lo que nos motiva y mueve. Nosotros no sólo debemos servir al Hijo de Dios mediante determinadas actividades, sino que también debemos hacerlo de la forma como Él lo hizo y nos ha dado ejemplo. Por eso Él dice: «Si alguno me sirve, sígame» (Juan 12:26).

Si hacemos esto y anhelamos aprender de Él y vivir más como Él vivió aquí, entonces encontraremos descanso para nuestras almas. Si hacemos aquello a lo que somos llamados, eso llenará nuestro corazón de contento y nos dará una profunda satisfacción!

Spurgeon ha dicho acertadamente: «Cuando el poder del Espíritu Santo os capacita para caminar con Jesús tras sus huellas y seguir sus caminos, entonces es cuando más felices sois, y entonces es muy probable que seáis reconocidos como

hijos de Dios. Por vuestro propio bien, hermanos míos, os digo: sed como Cristo».

«Hace muchos años, un misionero llegó a una aldea china y habló a la gente de Jesucristo. Le respondieron: «Ese Jesús del que hablas vive en nuestra aldea. Ven, te lo mostraremos». Condujeron al predicador hasta un anciano que había aceptado el Evangelio en su juventud y vivía como cristiano desde entonces. Era una carta de Cristo, conocida y leída por sus semejantes».

.....
**«Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he
hecho, vosotros también hagáis.»** (Juan 13:15)
.....

¿Cuál es el objetivo de Dios para tu vida y qué puedes hacer ahora para llegar a alcanzarlo cada vez? ¿En qué otros pasajes bíblicos puedes pensar que muestren a Cristo como norma para tu vida? ¿Qué implica el discipulado, y cómo el hecho de vivirlo conduce a una vida plena?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

¿Qué es la mansedumbre?

«Aprended de mí, que soy manso...» (Mt 11:29)

El Señor exhorta a Sus discípulos (y, por tanto, también a nosotros) a aprender de Él la mansedumbre. Para poder hacerlo, primero debemos examinar lo que implica esta cualidad. Luego exploraremos los Evangelios para ver en qué situaciones nuestro Maestro mostró mansedumbre.

La mansedumbre se demuestra, entre otras cosas, aceptando las dificultades, los problemas, las decepciones o los ataques e insultos personales sin defenderse ni quejarse. Además, un espíritu manso no permite que surjan en el corazón descontento, amargura o sentimientos de venganza.

¡La mansedumbre es fortaleza! Significa ser fuerte en Cristo y no dejarse tentar por la provocación de la gente a hacer el mal ni a obrar carnalmente. Estas cosas no me hieren porque me he revestido de Cristo. La mansedumbre no es debilidad, es fuerza bajo control. Una persona mansa puede permitirse actuar con delicadeza y suavidad gracias a su fuerza interior. Está completamente bajo el señorío de Dios.

Encontramos tres grandes mandamientos de la mansedumbre resumidos en un solo versículo: «Por tanto, amados hermanos míos, sea todo hombre pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse» (Stg 1:19).

La mansedumbre muestra una verdadera grandeza. Salomón dice: «Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; Y

el que se enseñorea de su espíritu, que el que toma una ciudad.» (Prov 16:32). Cuán a menudo aparecen los nombres de famosos conquistadores en los registros de grandes victorias. Cuán a menudo se exaltan y celebran su conducta, su valentía y su éxito. Pero la Palabra de Dios dice: ¡El que por la mansedumbre domina Su Espíritu es más grande que Alejandro Magno o Guillermo el Conquistador!

El puritano Thomas Watson dijo: «La mansedumbre consiste en tres cosas: Soportar el sufrimiento, perdonar la ofensa, pagar el mal con el bien».

Lo contrario de la mansedumbre es un espíritu iracundo y malhumorado, que se enfurece inmediatamente por las cosas que se le cruzan y se ofende incluso por cosas triviales.

La mansedumbre calma la mente para que la paz interior no se vea perturbada por ninguna provocación externa. Una persona mansa no reacciona de forma agresiva cuando la tratan injustamente. Tampoco se rebela cuando tiene que hacer algo que no le gusta.

W. J. Hocking lo resume de la siguiente manera:

«La mansedumbre es una cualidad que se expresa quizá más en la actitud que a través de las palabras. La mansedumbre no se opone; perdona; no se altera cuando la insultan o la desafían. La mansedumbre no es innata en nosotros, ni es una cuestión de carácter hereditario. Se desarrolla en nosotros mediante el ejercicio de la fe y se convierte en un comportamiento habitual en la medida en que el creyente progresa en la vida espiritual.»

Practicar verdaderamente la mansedumbre es algo muy difícil para todo cristiano. Porque la mayoría de nosotros probablemente sabemos por experiencia propia lo rápido que nos enfadamos cuando las cosas no salen como queremos. ¡Cuántas veces nos hemos dejado provocar e inmediatamente hemos contestado con un contraataque cuando nos han atacado! Pero esto no debe desanimarnos. ¡Es y sigue siendo el objetivo de Dios para nuestras vidas que también progrese en el tema de la mansedumbre, aprendiendo de nuestro Maestro y pareciéndonos cada vez más a Él! Este libro pretende ser una ayuda para conseguirlo.

.....
Cristo no quiere que aprendamos de Él a hacer milagros, a abrir los ojos a los ciegos, a resucitar a los muertos, sino que quiere que aprendamos de Él a ser mansos. (Agustín)
.....

Podemos considerar la mansedumbre desde dos puntos de vista, que están estrechamente relacionados:

1. la mansedumbre hacia Dios
2. la mansedumbre hacia los demás

A continuación veremos primero lo que significa la mansedumbre hacia Dios y Su voluntad y cómo se hizo visible en la vida de Jesús. Luego examinaremos más detenidamente Su mansedumbre hacia las personas, que en cierto modo está arraigada en la mansedumbre hacia Dios. También aplicaremos ambos aspectos a nuestras vidas una y otra vez, ¡aunque a veces esto suponga un gran reto!

«El noble Barón de Kottwitz, el gran amigo de los pobres de Berlín, oyó una noche que un estudiante que se alojaba con él estaba haciendo un ruido desagradable. Abrió la puerta y preguntó con su amable modo de ser:

«¿Qué problema tiene?»

«¡Falta mi sacabotas!», gritó furioso el estudiante, «¡parece que se lo han vuelto a llevar!».

Kottwitz salió, le trajo el suyo propio y le puso bajo sus pies. El estudiante se sintió profundamente avergonzado y tartamudeó: «Barón, ¿cómo ha conseguido Usted tener esa mansedumbre?

«Siguiendo a Jesús», fue su respuesta.

«¡Buenas noches, Tholuck!»

Esta experiencia tuvo una importancia decisiva para Tholuck y Kottwitz se convirtió en su padre espiritual que le llevó a la fe viva». (M. Haug: «Er ist unser Leben» [Él es nuestra vida] Steinkopf Verlag, Stuttgart)

.....
«Bienaventurados los mansos». (Mt 5:5)
.....

¿Cómo describirías la mansedumbre? ¿Por qué la mansedumbre no tiene nada que ver con debilidad, sino con fortaleza? Cuando reflexionas sobre tu vida, ¿cuál es tu mayor problema, por qué te cuesta tanto ser más manso?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Mansedumbre hacia Dios

¿Qué significa ser manso para con Dios? Significa aceptar de Su mano las pruebas, las dificultades, los problemas y las decepciones sin rebeldía, descontento ni amargura. En pocas palabras, significa decir «sí» a la voluntad y a los caminos de Dios con nosotros sin rechistar y sumisos.

He aquí un ejemplo de la vida de David: huyendo de su propio hijo Absalón, David se encuentra con Simei. Este hombre tiene la osadía de arrojar piedras a David y maldecirle en el camino. Abisai sugiere al rey que se venga inmediatamente y que haga que le corten la cabeza a Simei.

Es impresionante cómo reacciona David en esta situación, el hombre conforme al corazón de Dios. Reprende a sus hombres y luego dice: «¡Sí, que maldiga! Pues si el Señor le ha dicho ¡Maldice a David! ¿Quién podrá decir: ¿Por qué haces así? ... Que maldiga, pues el Señor se lo ha dicho. Tal vez el Señor mire mi aflicción, y el Señor me recompense por haber sido maldecido en aquel día» (2 Sam 16:10, 12). En lugar de vengarse por el insulto, ¡acepta la situación sometiéndose a la mano de Dios! Eso es verdadera mansedumbre.

«Sí, Padre»

¿Dónde se hace visible esta actitud del corazón en la vida de nuestro Señor? Curiosamente, aparece, entre otras cosas, en la misma situación en la que llama a Sus discípulos para que

aprendan de Él la mansedumbre. El contexto es muy notable, porque el pasaje comienza con las palabras: «En aquel tiempo Jesús dijo...». (Mt 11:25). ¿Cómo era aquel momento? Era el tiempo en que Cristo había mostrado milagrosamente Su amor, Su bondad y Su compasión hacia la gente. Había tocado y limpiado a leprosos, había curado a cojos dándoles la fuerza para andar, había dado la vista a ciegos, resucitado a muertos y predicado el Evangelio del Reino a los perdidos.

¿Cómo reaccionó la gente en general? Le rechazaron, se rieron de Él y le blasfemaron. Algunos le llamaron glotón y bebedor de vino. Otros le acusaron de blasfemia, de tener un demonio e incluso de expulsar los espíritus malignos por medio del príncipe de los demonios. Literalmente, los hombres le mostraron mal por bien y odio por Su amor (véase Sal 109:5).

Está claro, pues, que las palabras «en aquel tiempo» se refieren al momento de Su total rechazo por parte de Israel. ¿Cómo debió de ser para Él ir de pueblo en pueblo, haciendo la voluntad de Dios y ser insultado y despreciado una y otra vez!

Imagina que Dios te encomienda la tarea de hacer bien a la gente y predicarles el Evangelio. Sin embargo, se ríen de ti, te rechazan y te atacan. ¿Cómo reaccionarías en esta situación? Muchos de nosotros probablemente nos sentiríamos insatisfechos. Quizá nos resignaríamos, nos quejaríamos o incluso tendríamos pensamientos de venganza en el corazón. Esto es exactamente lo que produce la carne: ojo por ojo.

Pero el Señor reacciona de forma muy distinta: sin ni siquiera una chispa de descontento o amargura en Su

corazón, ora: «Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó» (Mt 11:25.26). ¡Alabanza en vez de rebelión! Sin murmurar ni rebelarse, acepta las circunstancias de la mano de Dios con admirable mansedumbre y le justifica por sus actos. Su mansedumbre era tan singular e impresionante precisamente porque, como Hijo de Dios, Su Padre le había dado un poder infinito (ver Mt 11:27), con el que podría haber destruido a Sus enemigos en un abrir y cerrar de ojos.

«Aunque era el Hombre más inocente y más excelente que jamás ha existido, mereciendo por la doctrina que predicaba y los milagros que realizaba todos los honores y todo el respeto que el mundo podía concederle, y mucho más, y aunque las injurias, que Le infligieron fueron astuta y diligentemente urdidas hasta el más alto grado de insulto y provocación, sin embargo lo soportó todo con imperturbable mansedumbre, y con este escudo apagó todos los dardos de fuego que Le dispararon Sus maliciosos enemigos.» (Matthew Henry)

Cuánto debió de complacer al Padre ver en un hombre esta mansa disposición. ¡Ésta es exactamente la actitud de la que deberíamos aprender!

Apliquémoslo concretamente a nuestras vidas: Cuando te decepciona el comportamiento de otra persona, ¿eres consciente de que Dios ha permitido que se produzca esa situación? Dios es soberano. No ocurre nada que Él no permita de antemano. Por eso Jesús se dirige a Él como Señor del cielo

y de la tierra. Él tiene el poder de hacer que incluso nuestros enemigos estén en paz con nosotros (Prov 16:7). Pero si Él permite que las cosas salgan de otra manera en tu vida, entonces tiene un objetivo: quiere que aprendas algo a través de esto. La cuestión es si estás dispuesto a aceptar la lección y aprender así la mansedumbre, o si te endureces y te rebelas interiormente contra ella.

.....
Una persona es mansa cuando está dispuesta a ser pisoteada; cuando acepta todo de la mano de Dios de tal modo que lo que en un principio era amargo se convierte en algo dulce. (Desconocido)
.....

En la vida de Charles Haddon Spurgeon encontramos un ejemplo interesante de lo que puede significar responder con mansedumbre y entrega cuando Dios permite situaciones desagradables o decepciones. A menudo se dice que Spurgeon fue el príncipe de los predicadores, y con razón.

El Señor le dotó de un don especial para hablar, por el cual muchas personas han sido bendecidas.

Pero también hubo un día en que, de repente, ya no sabía qué decir. Parecía como si el Espíritu de Dios le hubiera abandonado. Naturalmente, sus adversarios aprovecharon la ocasión para atacarle. En una revista cristiana de la época apareció el siguiente artículo, en el que se le criticaba y ridiculizaba muy duramente:

«El reverendo C. H. Spurgeon en Edimburgo.

Como se anunció en los periódicos y mediante carteles, este caballero, cuya aparición en el Exeter Hall de Londres

causó tanta sensación, predicó en el Queen Street Hall de Edimburgo el miércoles 25 de julio por la noche. Con el privilegio de un asiento desde el que teníamos una buena vista del escenario, esperamos durante tres cuartos de hora junto con una inmensa multitud de personas y, como demostró la velada, no recibimos más que muy escasa recompensa por nuestros esfuerzos....

La retórica del Sr. Spurgeon fue inexperta y pesada hasta el final; según su propia confesión, el Espíritu le había abandonado. ¿No sería esto un castigo por su falta de preparación? Pues se jactaba de que nunca se preparaba, lo cual a nuestros oídos sonaba mucho como si quisiera bañarse en su vergüenza (sobre todo tratándose de un predicador). Pues informó a sus oyentes de que el flujo de su discurso era a veces como un torrente de montaña, que se precipitaba como un carro de fuego alado.

Lo sentimos por el Sr. Spurgeon, más aún por sus amigos y, sobre todo, lo sentimos por los oyentes, la mayoría de los cuales eran personas muy capaces y, evidentemente, habían acudido a escuchar a alguien que se suponía bastante excepcional en el púlpito. Que el Sr. Spurgeon se haya convertido en una estrella en Londres no nos sorprende, pues recordamos que el Sr. Bay of Bath dijo que el público londinense es el más simplón que vive en esta tierra, y que cualquier hombre que, haciendo el pino, se pone a vociferar, provoca una tremenda congregación a su alrededor, por vulgares e impertinentes que sean las cosas que diga.

El Sr. S. es, en nuestra opinión, simplemente un niño mimado cuyas habilidades no pasan de mediocres. Lo más seguro es que, a menos que lo remedie todo, comparta el

destino de aquellos charlatanes, que aparecen casi regularmente una vez al año en los periódicos: se hundirá en la insignificancia, sólo dejará el recuerdo de su carrera; demostrará que ha desaparecido en esa nada de la que salió vanamente hinchado».

¿Cómo respondió Spurgeon a esta dura crítica? Escribe: «La alusión en este relato a que había sido abandonado por el Espíritu de Dios era una tremenda exageración del hecho, pues yo no había dicho que no me hubiera preparado para el culto. Sin embargo, este acontecimiento quedó muy profundamente grabado en mi memoria y en mi corazón.

.....
«Hay hombres cuyas palabras son como golpes de espada; mas la lengua de los sabios es medicina.»

(Prou 12:18)
.....

Creo que la verdadera lección que debía aprender de ello fue la que transmití a los míos cuando regresé a Londres. Les dije: Una vez, cuando estaba predicando en Escocia, le plugo al Espíritu de Dios abandonarme¹. No pude hablar como de costumbre. Tuve que decir a la gente que las ruedas del carro de fuego se habían soltado y que el carro de fuego se arrastraba muy pesadamente.

Desde entonces he sentido el efecto de esta experiencia. Me humilló profundamente. Si hubiera podido, me habría

1 Nota del autor: Spurgeon habla aquí de la operación del Espíritu, pero no de que el Espíritu Santo dejara de morar en él. (ver Jn 14:16).

escondido en algún rincón oculto de esta tierra. Sentí como si nunca más debiera hablar en nombre del Señor. Y entonces me vino el pensamiento: «¡Oh, eres una criatura desagradecida! ¿No ha hablado Dios a través de ti cientos de veces? Y esta vez, cuando no lo ha querido hacer, ¿le reprochas por ello? No, más bien dale las gracias por haber caminado contigo durante tanto tiempo. Y si te abandona una vez, admira Su bondad al mantenerte humilde por lo ocurrido». [...]

La razón es simplemente ésta: «El viento sopla donde quiere». Y a veces los propios vientos están quietos. Por eso, cuando confío en el Espíritu, no debo esperar sentir siempre Su poder en el mismo grado. ¿Qué podría hacer sin Su influencia celestial? A él se lo debo todo.

Otros siervos del Señor han tenido experiencias similares a la mía. En la biografía de Whitefield leemos que a veces dos mil personas profesaban haber sido salvas bajo su predicación. Y otras veces predicó con la misma fuerza, y no se menciona ni una sola conversión. ¿Por qué? Sencillamente porque en un caso el Espíritu Santo iba con la Palabra y en el otro no. Todos los resultados celestiales de la predicación son producidos por el Espíritu Divino enviado desde el cielo». (C. H. Spurgeon en su autobiografía).

Spurgeon dijo «sí» a los caminos de Dios con él, y así encontró descanso para su alma. Desgraciadamente, todavía hoy ocurre que los cristianos son acosados, que se les acusa de cosas falsas o se les trata despectivamente como a marginados. Entonces existe el gran peligro de que alguien en un ambiente así se amargue o, en algún momento, empiece a

darse por vencido. Pero si vemos a Dios detrás de las circunstancias y sabemos que Él está por encima de todo, esto nos ayudará a buscar refugio en Él y a atravesar estas tormentas en comunión con Él.

Sin embargo, también puede ocurrir que la presión siga aumentando o dure tanto que, en algún momento, simplemente no puedas soportarla más sin sufrir daños psicológicos. Esto no debe ocurrir. Hay que decidir con oración sincera y en dependencia del Señor cuándo ha llegado el momento de apartarse de la gente mala (ver 2Tim 4:14,15). El Señor también dio la espalda a los fariseos en algún momento, cuando la medida de la maldad estaba colmada.

¿Qué puede ayudarte, a pesar de las decepciones y los ataques, a encontrar la paz interior y a no amargarte? ¿Por qué es tan valioso para Dios que digamos «Sí, Padre» con mansedumbre en los momentos difíciles? ¡Confía en que Dios tiene un buen plan para todo lo que permite en tu vida!

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Deseos que no se cumplen

Jesucristo tuvo deseos y anhelos aquí en la tierra que – aunque eran buenos y correctos – no se cumplieron. Por ejemplo, tuvo que decir de Jerusalén: «¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta a sus polluelos bajo las alas, y no has querido! (Lc 13:34). Cuando se sintió solo y abandonado, se lamentó: «Esperé quien se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé.» (Sal 69:20). Además, durante Su ministerio público, anhelaba ver los frutos de Su trabajo. Sin embargo, en el Libro de Isaías dice proféticamente: «En vano he trabajado, en vano he gastado mis fuerzas» (Is 49:6).

Con este trasfondo, resulta aún más impresionante que el Señor alabe al Padre por Su sabiduría, sobre todo en el momento de Su rechazo, en el que – humanamente hablando – podría haberse sentido decepcionado. Sin ninguna queja en su corazón, dice con mansedumbre: «Sí, Padre, porque así te agradó.» (Mt 11:26).

¿Cómo afrontas las decepciones que te llegan de repente? ¿Cómo reaccionas cuando tus deseos o planes se frustran de repente? A veces Dios permite momentos en los que muchos de nuestros planes de pronto ya no pueden realizarse.

Quizá querías hacer un viaje que no pudo realizarse, o asistir a un evento que te ilusionaba y tuvo que cancelarse. ¿Cómo lo afrontas? ¿Puedes aceptar esas situaciones con mansedumbre de la mano de Dios y decir «Sí, Padre» sin amargura? El profeta Amós dijo una vez: «¿Habrás algún

mal en la ciudad, el cual el Señor no haya hecho?». (Amós 3:6). Dios no se equivoca, aunque no siempre le comprendamos. Sus caminos son más altos que nuestros caminos y Sus pensamientos más altos que nuestros pensamientos (véase Is 55:9).

Cuando el joven Samuel anunció al anciano Elí el juicio de Dios sobre su casa, la respuesta de Elí fue: «Él es el Señor; haga lo que bien le parezca» (1 Sam 3:18). David dijo con la misma devoción en otra situación: «Heme aquí, que haga de mí lo que bien le parezca» (2 Sam 15:26).

Guillermo Carey experimentó grandes decepciones durante su ministerio en la India. Pero es impresionante cómo las afrontó. Él y su compañero de trabajo, John Thomas, acababan de tener la impresión de que el Señor había abierto las puertas en cierta región de la India y estaban haciendo planes para ir allí cuando de repente, fueron llamados a regresar a Calcuta.

Como Carey era un hábil jardinero, le habían dado la gran esperanza de llegar a ser el botánico oficial de Calcuta, pues el puesto había quedado vacante recientemente. Pero cuando llegó allí, le dijeron que el puesto ya había sido otorgado a otra persona.

Carey solicitó entonces un terreno abandonado que pudiera cultivarse. Mientras tanto, un acreedor les proporcionó una destartalada casa de verano libre de alquiler. Pero las cosas iban a empeorar aún más. A mediados de enero, Thomas le informó de que las 150 libras, que deberían haber bastado para todo el primer año en la India, se habían agotado ya y que no podían esperar ningún dinero antes del

próximo otoño. Su colaborador había calculado completamente mal los gastos del primer año. La cantidad prevista ni siquiera estaba cerca de ser suficiente.

«Carey nunca había conocido días tan oscuros. ¿Quién puede medir su desdicha? Tenía una familia de siete miembros que mantener, su mujer y Félix estaban enfermos de disentería, su casa era una pobre caseta de jardín y necesitaban dinero para pagar al especialista y comprar semillas y utensilios para la tierra que pensaban cultivar. Pasarían diez meses antes de que llegara dinero de Inglaterra. Qué otra cosa podía esperarse sino que estuviera «muy decaído», y «desconcertado en cuanto a nuestras necesidades temporales», y «muy desanimado e impotente»? Incluso en el más hermoso de los meses bengalíes, «la ciudad del sol y de los palacios» estaba pálida y desapacible.

.....
He aprendido que las lecciones espirituales más profundas no se aprenden cuando el Señor satisface nuestros deseos al final, sino cuando nos hace esperar y espera con nosotros lleno de amor y paciencia hasta que podamos orar honestamente lo que Él enseñó a sus discípulos: Hágase Tu voluntad.

(Elizabeth Elliot)

.....

Durante los trece años restantes de su vida, la mente de la Sra. Carey se vio afectada. Empezó con esta miseria. Estaba enferma de disentería, su primogénito también estaba enfermo, ni siquiera podían comprar pan y ella se encontraba en una situación de necesidad en una ciudad extraña

y sin amigos. Su mente cedió y su naturaleza amistosa se derrumbó. Se sumió en la pesadumbre. ¿Quién se atrevía a reprochárselo?

¿Y quién culparía a Carey? No pudo prever las circunstancias que les llevaron hasta ese punto. No, aquí no hay lugar para el reproche, sólo para las lágrimas de compasión. Las esposas de los misioneros de aquellos años pioneros lo pagaron caro, la esposa de Carey la primera y un precio muy caro. Para él fue una copa de ajeno. No podía recaudar dinero con mano ligera como Thomas. Sin embargo, su diario contiene palabras del siguiente tipo:

17 de enero – Hacia el atardecer sentí la omnipotencia de Dios y la firmeza de Sus promesas, lo que alivió mi mente. Mientras caminaba hacia casa, pude echar todas mis preocupaciones sobre Él.

22 de enero – «En la montaña se ve al Señor». Desearía tener más de Dios en mi alma y ser más entregado a Su voluntad. Eso me elevaría por encima de las circunstancias.

23 enero – Sólo me queda un amigo, pero ese Uno es suficiente. ¿Por qué mi alma está inquieta dentro de mí? Dios lo sabe todo y se preocupa por la Misión. Me alegro de haber comenzado esta obra, y seguiré alegrándome, aunque pierda la vida por ello.

En una carta dice: «Cuando mi alma se empapa con Su Palabra, lo olvido todo». (S. Pearce Carey/William Carey/CLV)

Carey estuvo en la escuela de Dios, y allí aprendió a decir «sí» a los caminos de Dios con mansedumbre. ¿Cómo fue posible? Porque Dios era más que suficiente para él. Confiaba en

el Señor y descansaba en Su voluntad. Al hacerlo, honró a Dios y le glorificó.

Tú puedes hacer lo mismo, aunque las circunstancias no sean tan graves como las de Carey. Honras a Dios cuando le reconoces detrás de las circunstancias y aceptas mansamente la decepción, la oposición o la hostilidad de Su mano.

.....
**«Reconócelo en todos tus caminos,
y Él enderezará tus sendas».** (Prou 3:6)
.....

**¿Cómo reaccionas cuando se frustran tus planes?
¿Cómo describirías la mansedumbre hacia Dios?
¿Has estado algunas veces en peligro de enfadarte por algo, pero luego has decidido decir: «Sí, Padre»? Recuerda siempre lo que dijo Moisés: «Él es la Roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud». (Dt 32:4)**

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Pensamientos conmovedores

Siempre es útil y bendecido ver a Dios en Su soberanía detrás de las circunstancias. Él es el que manda. No ocurre nada que Él no permita. Al mismo tiempo, debemos saber que Él sólo tiene pensamientos de paz con nosotros y que todas las cosas ayudan a bien a los que le aman (véase Rom 8:28).

Dios utiliza a menudo el sufrimiento y las dificultades para educarnos y hacernos más semejantes a Cristo. Los siguientes pensamientos lo subrayan de forma notable:

«Un visitante observaba cómo un platero calentaba plata en su crisol. El fuego que había debajo se calentaba cada vez más. Todo el tiempo, el herrero miraba atentamente el crisol desde muy cerca.

El visitante le preguntó: «¿Por qué miras la plata con tanta atención?».

«Estoy esperando hasta ver mi cara», fue la respuesta. «Cuando puedo ver mi cara en la plata, entonces me detengo. Entonces el trabajo está hecho».

¿Por qué encendía el platero el fuego debajo de la plata? Para purificarla y hacerla perfecta. ¿Es Dios, en su castigo, como un verdugo que ejecuta una sentencia sobre nosotros? No, sino que es como un poder purificador.

¿Qué significa el horno del sufrimiento y la dolorosa lucha del castigo? Dios espera ver un rostro, el rostro de su Hijo. Porque nos ha «predestinado a ser conformes a la imagen de su Hijo» (Rom 8:29). Y nos limpia de todo lo que pueda empañar esta imagen.

Como todo buen padre, Dios también tiene un modelo, una meta, unos criterios, según los cuales quiere modelar la vida de sus hijos. Este modelo es Jesucristo, y la gran intención de Dios es que «Cristo tome forma en vosotros». (L. B. Cowman / Manantiales en el desierto)

Necesitamos mansedumbre y entrega para que las dificultades que Dios quiere utilizar para elevarnos y transformarnos a imagen de Su Hijo no nos amarguen, sino que nos hagan mejores.

.....
**La soberanía divina no es la soberanía de un tirano
déspota, sino la benevolencia ejercida de Aquel que
es infinitamente sabio y bueno.** (A. W. Pink)
.....

Laura A. Barter Snow escribió las siguientes conmovedoras palabras sobre este mismo tema:

«Las decepciones de esta vida no son en realidad más que pruebas de mi amor. Hoy tengo un mensaje para ti, hijo mío; quiero decírtelo para que se doren las nubes de tormenta que se ciernen, y se emboten las espinas que debes pisar.

El mensaje es sólo una pequeña frase, ¡pero que cale en lo más hondo de tu corazón! ¡Que sea una almohada sobre la que descansa tu cansada cabeza! El mensaje para ti es este: «Esto lo he hecho yo» (1 Reyes 12:24) [...].

Porque eres querido y precioso en mis ojos, tengo un interés especial en tu educación. Cuando seas tentado y te asalten los enemigos, debes saber: «Esto lo he hecho yo». Yo soy el Dios de las circunstancias. No estás en el lugar en el que

te encuentras por casualidad, sino porque Yo he elegido este lugar para ti [...].

¿Estás atravesando una noche de tribulación? «Esto lo he hecho yo». Yo, Jesús, sé lo que eso significa. Soy «el Varón de dolores y experimentado en quebranto;» (Is 53:3). Te he quitado todo apoyo humano, para que te vuelvas a Mí y recibas un consuelo eterno (2 Tes 2:16.17) [...].

¿Te han decepcionado algunos amigos? ¿Alguno, quizá, a quien has abierto tu corazón? «Esto lo he hecho yo»: He permitido esta decepción para que aprendas que Yo, Jesús, soy tu mejor amigo. Te sostengo y lucho por ti en tus luchas. Anhele ser tu confidente [...].

¿Alguien ha dicho algo malo de ti? Déjalo y acércate a mí, bajo mis alas, lejos de las batallas de las palabras. Si te agravian, yo «haré salir tu justicia como la luz, y tu derecho como el mediodía» (Sal 37:6) [...].

¿Has anhelado hacer una gran obra para mí?

¿Y ahora debes yacer en un lecho de sufrimiento? «Esto lo he hecho yo». Me fue imposible llamar tu atención mientras estabas ocupado.

.....
**Mediante el sufrimiento se consigue mucho más
de lo que hoy podemos ver.** (Hudson Taylor)
.....

Quiero enseñarte algunas más de mis lecciones más profundas. Sólo aquellos que han aprendido a esperar pacientemente pueden servirme. Mis mejores colaboradores suelen ser los que no pueden participar en el servicio activo, pero han aprendido a utilizar el arma de la oración [...].

Recuerda que tus situaciones de impotencia son oportunidades de Dios para ayudar. El aguijón desaparecerá en la medida en que me reconozcas en todas las cosas». (L. A. Barter Snow / Las decepciones de la vida: «Esto lo he hecho yo» / BibleTruthPublishers)

Para terminar, una conmovedora historia que el pastor Wilhelm Busch contó una vez acerca de un hombre llamado Amsel. En ella queda claro cómo Dios utiliza a veces el sufrimiento para reorientar completamente la vida de una persona, y cómo permite que de ello surjan bendiciones:

«Amsel había sido un hombre grande y fuerte al que no le importaban ni Dios ni el diablo. Un día cayeron unas rocas sobre él mientras trabajaba como minero. Me dijeron que se había quedado paralítico. Así que fui a visitarle.

Me encontré con él en su vivienda. Estaba sentado en una silla de ruedas. A su alrededor había un par de compañeros. Cuando aparecí en la puerta, me lanzó a voces unas palabras infernales: «Vaya, viene el santo cura». ¿Dónde estaba tu queridísimo Dios cuando me dio la pedrada? Vete al diablo con tus chismes».

Fue tan terrible que no pude pronunciar ni una sola palabra y me marché en silencio. Pero unos mineros fieles se ocuparon de él. Le mostraron el camino a Jesús, en quien Dios nos ofrece la salvación. Se produjo un gran cambio en aquel hombre. Halló el perdón de sus pecados y paz con Dios.

Un día le visité. Estaba sentado en su silla de ruedas delante de su vivienda en la calle. Nos habíamos hecho buenos amigos, tan amigos que nos tuteábamos.

Me senté a su lado en la escalera de la casa. Me di cuenta de que hoy quería decirme algo importante. Y eso fue lo que hizo:

«Sabes – me dijo –, tengo la impresión de que no viviré mucho más tiempo en esta tierra. Pero ahora sé adónde voy cuando cierre los ojos aquí. Entonces, cuando me presente delante de Dios, me postraré ante él y le daré las gracias por haberme roto la columna vertebral».

«¡Oh Amsel! ¿Qué estás diciendo?», exclamé.

Pero él sólo sonrió y me explicó: «Si esto no hubiera ocurrido, habría continuado mi camino de perdición lejos de Dios, hasta el mismo infierno. Dios tuvo que agarrarme con fuerza al querer conducirme hasta su Hijo, mi Salvador. Sí, fue duro. Pero... fue para mí salvación eterna».

Hizo una pausa. Y luego dijo lentamente:

«Es mejor entrar en el cielo como un lisiado que saltar al infierno siendo una persona sana con dos piernas».

Le agarré las manos: «¡Amsel! Has tenido una dura experiencia en la escuela de Dios. Pero no ha sido en vano. Has aprendido la lección».

Y los dos pensamos conmocionados en todas aquellas personas que experimentan cosas duras y, sin embargo, no perciben en ellas la llamada amorosa de Dios.» (W. Busch / ¡Dios! – ¿Cómo puede permitir todo esto? / Ausaat Verlag)

¿Por qué Dios permite a menudo pruebas y sufrimiento en nuestras vidas? ¿Por qué es tan importante recordar una y otra vez la soberanía de Dios y Su gran plan? ¿Por qué las decepciones que Dios permite en nuestras vidas son a menudo sólo pruebas de Su amor?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

La copa del Padre

En Juan 18 encontramos otro ejemplo de cómo el Hijo de Dios acepta con mansedumbre la voluntad de Su Padre. Cruza el arroyo Cedrón con Sus discípulos, aunque sabe exactamente lo que le espera al otro lado. Luego entran en el huerto donde va a ser entregado en manos de los hombres.

De repente aparece Judas con una gran multitud de soldados. Vienen a llevarse cautivo a Jesús. Cuando Pedro ve venir el desastre, intenta defender a su Maestro. Toma su espada y le corta la oreja al criado del sumo sacerdote. ¿Fue eso mansedumbre? No, sino todo lo contrario.

El Señor reacciona de forma muy distinta. Lleva en Su corazón una paz que este mundo no conoce. Con calma y decisión dice a Pedro: «¡Mete la espada en la vaina! La copa que el Padre me ha dado, ¿no la beberé?» (Juan 18:11). Palabras impactantes que revelan mucho.

Jesús no tiene en mente la enemistad de los hombres, sino la voluntad de Dios.

.....
El hombre manso encontrará descanso para su alma. Si avanza en la mansedumbre, se alegrará de que Dios le defiende. La vieja lucha por defenderse uno mismo ha terminado. Ha encontrado la paz que proporciona la mansedumbre. (A. W. Tozer)
.....

No mira a Judas, ni a los soldados, ni a Pilato, sino que ve detrás de ellos la mano de Su Padre, que está por encima de todo y tiene un gran plan para lo que está sucediendo.

Por eso, en lugar de defenderse o luchar, puede decir con toda tranquilidad: «Enmudecí, no abrí mi boca, porque tú lo hiciste.» (Sal 39:9). Es conmovedor ver con qué magnífica mansedumbre y entrega acepta el Hijo de Dios la copa del sufrimiento más amargo de la mano de Su Padre.

No cabe duda de que los dolores y sufrimientos que tuvo que soportar el Hijo de Dios son únicos y muy superiores a los que tenemos que pasar nosotros. Sin embargo, podemos preguntarnos honestamente con qué actitud de corazón y disposición aceptamos la voluntad de Dios cuando implica que tengamos que pasar por el sufrimiento (véase, por ejemplo, 1Pe 3:17). Pablo escribe a los Filipenses que no sólo les fue dado creer en Cristo, sino también sufrir por Él (véase Fil 1:29).

En este contexto, el ejemplo de los primeros cristianos recogido en los Hechos de los Apóstoles también es impresionante. Cuando se vieron amenazados, no pidieron a Dios que les librara de la persecución. Sino que oraron para que Él les diera la audacia necesaria para seguir dando testimonio del Señor con fidelidad (ver Hch 4:29). Poco después, dos de ellos son golpeados por los judíos. ¿Cómo reaccionan ante esto? Se alegran de haber sido honrados con sufrir oprobio por el nombre de Jesús (ver Hch 5:40.41). Esto deja claro que no sólo aceptaron el sufrimiento con mansedumbre, sino que incluso fue un honor para ellos que se les permitiera sufrir por Cristo. ¿Cómo reaccionaríamos si la gente nos pegara a causa de nuestra fe?

Nos damos cuenta de lo difícil que es el asunto y de lo lejos que estamos probablemente de responder con mansedumbre cuando nos llegan sufrimientos. A menudo también

nos lleva algún tiempo estar dispuestos a aceptarlo, y decir «sí» a ello, ¡pero podemos estar seguros de que que el Señor lo sabe y es muy paciente con nosotros!

El ejemplo de Juan Bunyan (1628 – 1688), que escribió el libro «El Progreso del Peregrino», muestra lo que puede significar aceptar el sufrimiento de la mano de Dios con mansedumbre. Aunque el rey le había prohibido predicar la Palabra de Dios en las iglesias libres, Bunyan continuó con este ministerio. Quería fortalecer a los creyentes mediante la Palabra de Dios a toda costa. También estaba convencido de que debía obedecer a Dios más que a los hombres. Una vez, cuando hizo una visita para servir a los creyentes con la Palabra de Dios, ocurrió lo siguiente:

«Finalmente, uno de los granjeros se llevó aparte a Bunyan y le dijo: «Juan, hemos oído que hay una orden de arresto contra ti. Pero toda esta gente sencilla te aprecia y por eso nuestro policía no tiene mucho interés en detenerte. De hecho, me ha dicho que no llegará hasta dentro de una hora. Así que tienes tiempo de sobra para escapar».

«¿Escapar?», replicó Bunyan. «¿Por qué debería hacerlo? No he hecho nada malo. Tampoco estamos planeando una revolución». Bunyan alzó entonces la voz de modo que todos los presentes pudieran oírle claramente. «Queridos míos, no os desaniméis. No tenemos nada de qué avergonzarnos porque nos reunimos aquí para celebrar el culto. Y en cuanto a mí, predicar la palabra de Dios es un buen trabajo. Un día seré recompensado por ello, así que ¿por qué habría de importarme sufrir un poco ahora?»

.....
**No elegimos el sufrimiento sólo porque sea correcto,
sino porque Aquel que nos llama a ello lo describe
como el camino hacia la alegría eterna.** (John Piper)
.....

Faltaban unos minutos para que empezara oficialmente la reunión. Bunyan salió a orar mientras paseaba bajo los altos olmos al sol del atardecer. Había sabido que este día llegaría. No hacía mucho, el Parlamento británico había aprobado una ley que sólo permitía predicar a los ministros de la Iglesia oficial. Juan no era miembro de la Iglesia oficial de Inglaterra y por eso sabía que un día le iban a arrestar si no dejaba de predicar. Hoy podía ser ese día. Podía huir, pero si lo hacía por miedo, ¿qué sería de los nuevos creyentes? Perderían la esperanza y la confianza. No, él continuaría.

Todos en la casa estaban ya presentes y esperando el inicio del culto. Juan empezó. Unos minutos más tarde, otras dos personas entraron en la sala y se detuvieron al fondo. Eran el policía local y su ayudante.

Estaban observando el acto y vieron que aquellas personas no llevaban armas. No protestaban contra el gobierno ni planeaban una revolución. El policía no vio razón alguna para detener a aquel calderero sólo porque predicaba. Por otra parte, tenía sus órdenes, así que fue hacia delante e hizo su trabajo. La gente se preocupó mucho cuando Bunyan fue detenido.

«No os preocupéis, amigos», dijo Bunyan.

«Demos gracias a Dios porque no nos detienen porque hayamos hecho algo malo. Al contrario, sufrimos como

cristianos porque hacemos lo correcto. Es mejor sufrir nosotros mismos que causar sufrimiento a otros».

Entonces el policía se llevó a Bunyan a la cárcel, donde pasó los doce años siguientes». (D. & N. Jackson/ Héroes de la Fe/ CLV)

.....
«Gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados en el nombre de Cristo, ¡bienaventurados sois!» (1Pe 4:13,14)
.....

¿Es un privilegio para ti sufrir por Cristo? ¿O intentas, lo mejor que puedes, evitar esos sufrimientos? ¿Qué puedes aprender de las oraciones de los primeros cristianos?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Aceptar las pruebas y el sufrimiento con mansedumbre

Volvamos a la escena del Huerto de Getsemaní. La Primera Epístola de Pedro deja claro que Pedro ha aprendido con el tiempo. Pues allí escribe a los creyentes: «Estad siempre dispuestos a responder a cualquiera que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros, pero con mansedumbre y temor» (1Pe 3:15.16). Justo antes dice: «Pero aunque padecáis por causa de la justicia, bienaventurados sois» (1Pe 3:14). ¡Qué cambio respecto a su comportamiento anterior!

Aunque Pedro fracasó gravemente en la mansedumbre, Dios le utiliza precisamente a él para describir la mansedumbre de Jesús como ningún otro escritor del Nuevo Testamento: «Cristo padeció por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; ... quien, siendo vituperado, no reprendió, sufriendo, no amenazó, sino remitía la causa al que juzga justamente:» (1Pe 2:21.23).

Esto debería animarte a no rendirte ni resignarte si alguna vez pierdes la paciencia o te defiendes cuando te atacan. Si te das cuenta de que te has comportado mal, confíesalo y no te quedes tirado en el suelo. «¡Porque el justo cae siete veces y vuelve a levantarse» (Prov. 24:16)!

Cuánto glorificó el Hijo de Dios a Su Padre diciendo «sí» a los sufrimientos que le estaban ordenados y aceptando voluntariamente la copa del sufrimiento de Su mano. La Biblia también nos da otros ejemplos que dieron gloria a Dios en el sufrimiento. Piensa en Job. ¿Qué hizo después de que le arrebataran sus posesiones e incluso a sus hijos? Dijo: «El Señor dio y el Señor quitó, ¡alabado sea el nombre

del Señor!». (Job 1:21). Podemos suponer que aquello no le resultó nada fácil. Es muy posible que primero necesitara tiempo para pronunciar estas palabras. Pero como lo hizo, honró a Dios siendo sumiso y manso, ¡y en esto nos dejó un ejemplo!

Job miró a Dios en su angustia, y eso le calmó. No dijo: «Los caldeos han tomado», sino: «El Señor ha tomado». Vio a Dios detrás de las circunstancias.

Pero Job tampoco era perfecto. Más tarde, cuando fue afligido con bultos y sarna maligna por Satanás, cuando sus amigos le dirigieron malas palabras y cuando los sufrimientos se alargaron más y más, surgió la amargura en su corazón. Como consecuencia, empezó a hacerle reproches a Dios. Especialmente cuando el sufrimiento se prolonga durante mucho tiempo y la carga no se aligera, uno necesita mucha ayuda y misericordia de Dios para no amargarse, sino para tener un «sí» interior para los caminos de Dios con nosotros.

.....
No tengo ni idea de por qué tengo que sufrir tanto.
Pero lo que sí sé es que Dios ha decidido hacer obras
maestras de ti y de mí. (Richard Wurmbbrand)
.....

Aunque de repente ocurra una desgracia, el Señor comprende que esos acontecimientos van acompañados de tristeza, desconcierto y decepción. No espera que le alabemos siempre en el acto en tales situaciones y que estemos completamente tranquilos de inmediato. Pero Él quiere ayudarnos a no amargarnos por esos golpes y a no rendirnos. ¡Es muy

valioso para Dios que digamos «sí» a las cosas que nos ha hecho pasar y que ha planeado para nosotros!

Cuando el misionero de los indios en América David Brainerd, enfermó incurablemente y se enfrentó a la muerte, Jonatán Edwards le acogió en su casa para acompañarle amorosamente en los últimos metros. Pero pagó un alto precio por ello. En un discurso dijo:

«Antes de hablaros de la muerte de Brainerd y de las misericordiosas circunstancias de su fallecimiento, quiero dar gracias a Dios por su misericordia al elegirnos a mi familia y a mí para permitir que Brainerd pasara la última parte de su vida en mi casa y muriera aquí: Así tuvimos la oportunidad de estar cerca de él, hablarle y mostrarle nuestro amor. Se nos permitió acompañarle en su último viaje agonizante, oír su último discurso moribundo, recibir sus consejos desde su lecho de muerte y fuimos bendecidos por su última oración.»

Edwards dijo esto a pesar de que debió saber que si Brainerd permanecía en su casa con esa terrible enfermedad, probablemente le costaría la vida a su hija de 18 años. Jerusha permaneció junto a Brainerd como enfermera durante las últimas 19 semanas de su vida, y cuatro meses después de su muerte, ella también murió de la misma enfermedad el 14 de febrero de 1748.

Edwards escribió: «Plugo al santo y bondadoso Dios llevar consigo a mi querida hija el 14 de febrero, tras una corta enfermedad de cinco días, a la edad de 18 años. Era una persona con la misma actitud espiritual que Brainerd. Hasta su muerte, cuidó de él continuamente durante 19 semanas

y lo hizo con total devoción y amor porque veía en él a un importante siervo de Jesucristo.»

.....
**El sufrimiento es el espinoso pero bendito
camino de Dios hacia la gloriosa victoria.**

(Corrie ten Boom)

.....

Así que Edwards estaba realmente convencido de que fue una misericordiosa providencia divina que Brainerd fuera a su casa a morir. Lo dijo aun sabiendo lo que le costaría. (J. Piper / Firmes en el sufrimiento / CLV)

Nos damos cuenta de lo mucho que nos puede costar vivir el discipulado y de lo difícil que puede resultar seguir las huellas del Maestro con mansedumbre. Pero esto es exactamente lo que estamos llamados a hacer. Y no lo olvides: sobre todo cuando atraveses penurias o dificultades, Dios está trabajando en ti y quiere transformarte a imagen de Su Hijo. En el contexto de esta verdad se sitúa el versículo tantas veces citado: «Pero sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien» (Rom 8:28). ¡Un estímulo maravilloso!

¿Cómo te enfrentas a las decepciones que te sobrevienen de repente? ¿Cómo reaccionas cuando de repente enfermas, pierdes el trabajo o se te estropea el coche? ¿Ves a Dios detrás, que permitió que sucediera, y confías en que Él tiene un buen plan para ello? ¿O te vuelves amargado, insatisfecho y molesto?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Cuando Dios nos da tareas

Dios nos ha preparado buenas obras para que las hagamos por Él cada día (ver Ef 2:10). Así fue también en la vida de Jesús. Vivió como un siervo dependiente que dejaba que Dios le mostrara cada día las tareas que había planeado para Él.

Marcos 1 describe un «día de trabajo» en la vida del siervo de Dios, que muestra Su incansable entrega a Dios: Primero va a la sinagoga para enseñar a la gente de allí la Palabra de Dios. De repente, un demonio se apodera de un hombre. El Señor expulsa al espíritu maligno y libera al hombre del poder de Satanás. Después va a casa de la suegra de Pedro, que se encuentra con fiebre muy fuerte. Se ocupa de ella, la toca y la sana.

Al ponerse el sol, de repente todo el pueblo está de pie ante la puerta de la casa donde se aloja. ¿Qué quiere toda esta gente de Él a una hora tan tarde? Misericordia. Acuden con la esperanza de que Él cure a todos los que le llevan porque sufren y están poseídos.

Intentemos ponernos en esta situación. Jesucristo había estado enseñando la Palabra de Dios en la sinagoga durante algún tiempo del día, luego se enfrentó al poder de Satanás, liberó a un endemoniado y después fue a visitar a una enferma. Fue todo un programa.

¿Cómo habríamos reaccionado nosotros después de un día así, cuando de repente, por la tarde, toda la ciudad con sus necesidades se presentó delante de la puerta y una enorme cantidad de trabajo se amontonara ante nosotros? En tales situaciones, ¿no tendemos a pensar, al menos

en secreto: «¡Oh, no, es lo que me faltaba!» Tal vez alguno estaría dispuesto a ayudar en la medida de lo posible, pero ¿cuántas veces lo hacemos con una actitud de fastidio o desgana interior?

El Señor, en cambio, reacciona de forma muy distinta: en lugar de irritarse o sentirse molesto o rechazar a la gente, se ocupa de sus necesidades y los atiende: «Y sanó a muchos que padecían diversas enfermedades; y expulsó a muchos demonios, y no dejaba hablar a los demonios, porque le conocían» (Mr 1:34). A altas horas de la noche cuida de los enfermos y débiles, los cura a todos y expulsa a muchos demonios. En el Evangelio de Mateo queda claro lo que esta compasión significaba para Él, porque allí dice en este contexto: «Él mismo tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades» (Mt 8:17).

¿Qué podemos aprender para nuestras vidas de este incidente? Que hay ocasiones en las que Dios quiere que hagamos un esfuerzo adicional, aunque estemos agotados o cansados. A veces quiere que nos sacrifiquemos por las necesidades de los demás, sin permitir que el resentimiento o el descontento afloren en nuestro corazón.

Esto también es cierto para los padres: a veces un hijo cae enfermo de repente y necesita cuidados especiales. O descubrimos que un joven necesita hablar urgentemente y se produce una conversación importante que dura hasta muy entrada la noche. ¿Podemos aceptar mansamente esas tareas espontáneas de la mano de Dios?

Esto no significa que tengamos que responder siempre a cada necesidad que veamos. Porque entonces acabaríamos

rápidamente agotados. Se trata de actuar en dependencia del Señor y estar dispuestos a hacer Su voluntad, aunque nos saque de nuestra comodidad y nos haga dejar de lado nuestras propias necesidades. ¡Dios nos ha dado un espíritu de poder, de amor y de dominio propio (ver 2 Tim 1:7)!

Un ejemplo impresionante de servicio abnegado es John Newton, el poeta del conocido himno «Sublime Gracia» (*Amazing Grace*). Newton que fue un comerciante de esclavos, después de ser salvo por la gracia de Dios, sirvió a los creyentes durante 43 años tras su conversión y ha sido un consuelo y una bendición para muchos.

John Piper escribe sobre Newton en su libro «Perseverando en la paciencia»: «La bondad de Newton se dirigía tanto a individuos como a grupos enteros. El ejemplo más asombroso fue seguramente William Cowper, un poeta con problemas psíquicos y escritor de himnos espirituales que vivió en Olney durante 12 de los 16 años de ministerio de Newton allí.

Una vez Newton lo acogió en su casa durante cinco meses, otra vez fueron 14, cuando Cowper estaba tan deprimido que básicamente no podía vivir solo. Sí, en palabras de Richard Cecil, todo el periodo de servicio de Newton fue así:

«Su casa era un refugio para personas trastornadas o atri-
buladas». De la estancia de Cowper, Newton dice: «Durante aquellos doce años rara vez estuvimos separados más de siete horas, estando despiertos y en casa: Los primeros seis años los pasé admirándole a diario, y tratando de imitarle;

los segundos seis años anduve con él por el valle de sombra de muerte, por el que caminaba como un hombre con el ánimo decaído.»

.....
**Si queremos reflejar a Cristo en nuestras vidas,
entonces debemos mirarle a Él y centrarnos en Él.**

(J.R. Miller)
.....

Cuando el hermano de Cowper murió en 1770, Newton decidió ayudar al poeta y se unió a él para escribir himnos espirituales para la congregación. Fueron conocidos como los «Himnos de Olney». Pronto Cowper se vio emocionalmente incapaz de contribuir a completar el proyecto [...].

¿Qué habríamos hecho la mayoría de nosotros con una persona con depresión que apenas podía salir de casa? William Jay resumió así la reacción de Newton:

«Su carácter se distinguía por una gran bondad. Siempre mostró su prudencia al considerar la depresión y el abatimiento de su amigo como un efecto físico, por el que pedía en oración que se le quitara, sin discutir ni altercar nunca con él por ello.» (J. Piper / Perseverando en la paciencia / CLV)

.....
**«... se entregaron primero al Señor, y a nosotros
por voluntad de Dios». (2 Cor 8:5)**
.....

¿Estás dispuesto a hacer un esfuerzo especial cuando el Señor te asigne hoy espontáneamente una tarea inesperada? ¿Cómo puedes vivir en entrega abnegada al Señor sin quemarte por dentro? Date cuenta de que el servicio en tu propia familia es también una labor importante en el reino de Dios.

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Abandonar la comodidad con mansedumbre

Hay más ejemplos de cómo el Señor aceptó tareas de Su Padre con mansedumbre, aunque – en términos puramente humanos – el momento y la situación exigían de Él un esfuerzo especial:

Después de que Juan el Bautista fue cruelmente decapitado en la cárcel, Sus discípulos acuden al Hijo de Dios para contárselo. Evidentemente, el Señor queda conmocionado por esta noticia y se conmueve interiormente, pues inmediatamente se retira en una barca para estar solo (comp. Mt 14:13).

Podemos comprenderlo bien. La pérdida de un amigo es algo triste y doloroso. Por eso no es de extrañar que Jesús quisiera estar solo en esta situación de duelo y asimilar esta pérdida con tranquilidad.

Pero ocurrió algo totalmente diferente. Pues inmediatamente después leemos que: «Al oírlo la multitud, le siguieron a pie saliendo de las ciudades» (Mt 14:13). El pueblo no deja descansar al siervo de Dios. Cuando por fin llega a la otra orilla, ve que allí ya le espera una gran multitud de gente. En realidad, quería retirarse a llorar en paz la muerte de su amigo... ¡y ahora esto!

¿Cómo habríamos reaccionado nosotros en esta situación? ¿Qué pensamientos habrían surgido en nosotros? ¿No nos habríamos sentido molestos al estar abatidos, anhelando la paz cuando de repente, aparece algo completamente distinto en el orden del día?

¿Cómo se comporta el Señor en este momento? ¿Qué le hace sentir la vista de tanta gente? Se conmueve interiormente ante ellos y sana sus debilidades, ¡aunque Él mismo está de luto! No insiste en su intimidad. Para Él está claro: debe realizar las obras de Aquel que le envió (véase Jn 9:4) y ocuparse de estas personas. Eso es exactamente lo que hace, sin desgana, sino con mansedumbre, compasión y misericordia.

Después, tampoco intenta deshacerse de la gente lo antes posible. Al contrario, se asegura de que todos – 5.000 hombres más mujeres y niños – tengan suficiente para comer. Y eso no es todo, porque después incluso se toma el tiempo para despedirse de la gente en paz. ¡Qué ejemplo tan desinteresado!

.....
La única manera de experimentar la alegría y la victoria en la fe es mediante la entrega sin reservas a Dios y la diligencia en el servicio a Cristo.

(Robert C. Chapman)
.....

El Señor fue una bendición para muchas personas gracias a su actitud afable y a su entrega abnegada. Éste también puede ser nuestro caso si nos rendimos por completo a la voluntad de Dios y estamos dispuestos a hacer sacrificios por los demás.

Un ejemplo de ello es la vida del evangelista indio Bakht Singh, sobre quien escribe su biógrafo T.E. Koshy:

«Estaba contento en todas las condiciones de la vida. Ejercía su ministerio en Karachi entre los más pobres y

necesitados, con los que se sentaba y comía. Cualquiera podía venir a hablar con él. Nunca estaba demasiado ocupado ni demasiado lleno de sí mismo». El autor Koshy recuerda un incidente ocurrido durante la Conferencia de Madrás de 1974, en la que compartió habitación con él.

Hacia las 3 de la madrugada, mientras dormía, unos creyentes que regresaban a sus pueblos se acercaron y le sacudieron los pies para despertarle. Se levantó, se arrodilló con ellos, los despidió con una oración y volvió a dormirse.

Al cabo de media hora o una hora entera, mientras dormía profundamente, vino el siguiente grupo que volvió a tocarle para despertarle. Volvió a levantarse tranquilamente, oró con ellos y los despidió. Esto ocurrió una y otra vez.

Cuando llegó el siguiente grupo, Koshy les sugirió que pidieran a otra persona que orara con ellos antes de seguir su camino. Bakht Singh se despertó y le dijo a Koshy: «Por favor, no les impidas venir. Déjame orar con ellos antes de que emprendan el camino de vuelta a casa». Cuando le comentó que era demasiado que tanta gente le despertara y molestará mientras dormía, le contestó: «Es lo menos que podemos hacer por nuestros hermanos y hermanas». (T. E. Koshy/ Bakht Singh – Un instrumento elegido por Dios en la India/ CLV)

.....
«Aparta el disgusto de tu corazón». (Ecl 11:10)
.....

¿Cuándo fue la última vez que te negaste a ti mismo y saliste de tu bienestar porque sentiste que el Señor ponía una tarea ante tus pies? ¿Cómo puedes llegar hasta allí sin rechistar y caminar dos millas, cuando te han pedido que vayas una milla? ¿Cómo te enfrentas cuando Dios, de repente, confunde tus planes porque quiere que hagas algo completamente distinto de lo que tenías en mente?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

El Bautismo de Jesús

Tras unos 30 años de espera, por fin llegó el momento. Jesucristo estaba a punto de comenzar su ministerio público. Antes, debía ser bautizado por Juan en el Jordán. Esto es lo que quería el Padre, y también lo que quería el Hijo.

Tenemos que considerar lo que esto significa: Él, el único hombre sin pecado que ha vivido aquí en la tierra; que nunca tuvo un mal pensamiento, ni dijo una mala palabra, ni hizo nada malo, iba a ocupar Su lugar en medio de personas que se arrepentían públicamente de sus pecados al ser bautizadas por Juan.

¿No evocaría esto involuntariamente en todos los que le vieran allí el pensamiento de que Él también era un pecador que necesitaba arrepentirse de sus pecados? ¿Acaso esto no le hacía quedar en muy mal lugar justo al comienzo de su ministerio público? ¿Cómo podía entonces seguir transmitiendo de forma creíble a la gente que Él era realmente el Santo de Dios que había venido a morir por los pecados de los demás?

Cuando Juan el Bautista vio a Jesús acercarse a él en el Jordán, se horrorizó. Sencillamente, no podía creer que el Hijo de Dios quisiera ser bautizado por él.

Juan sabía que, en realidad, ni siquiera era digno de abrir la correa de Su sandalia: tan grande y única era esta persona gloriosa que se presentaba ante él a orillas del Jordán. Por eso intentó disuadir a Jesús de su propósito, diciendo: «Yo tengo necesidad de ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?». (Mt 3:14). ¿Qué se supone que iba a pensar la gente?

El Señor conocía la voluntad de Su Padre de que se ocupara especialmente de los marginados y despreciados de la sociedad. Entre ellos estaban precisamente esas personas con las que se encontraba a orillas del Jordán. En lugar de enfadarse por ello, hace lo que el Padre quiere que haga con mansedumbre y alegría.

La forma de actuar de Dios no ha cambiado. Lo que sigue se aplica también a nuestro tiempo: «Dios escogió lo necio del mundo para avergonzar a los sabios; y escogió lo débil del mundo para avergonzar a lo fuerte; y escogió lo que no es noble y lo despreciable, para destruir lo que es, a fin de que ninguna carne se gloríe delante de Dios» (1 Cor 1:27-29).

.....
«¡Qué diferente es la conducta de Jesús de la del hombre cuyo corazón está lleno de orgullo; y de la conducta de los cristianos que a veces se ven tentados a amar la alabanza de los hombres más que la alabanza de Dios!» (William Nicholson)
.....

La respuesta de Jesús a Juan es verdaderamente impresionante: «Hágase ahora, pues así nos conviene cumplir toda justicia» (Mt 3:15). ¡Qué mansedumbre y sumisión a la voluntad de Dios! Quiere dar a Dios lo que le corresponde, porque eso es exactamente la justicia. No le importa que Su bautismo pueda dar a la gente una impresión equivocada. En cambio, está delante Su Padre en todo lo que hace. Confía en que el Padre actuará y hará surgir Su justicia como la luz a Su tiempo (Sal 37:6). Y eso es exactamente lo que ocurrió.

Cuando Cristo salió del agua, se abrió el cielo, desde donde el Padre dio testimonio público de Él: «Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mt 3:17). El Hijo honra al Padre mediante la obediencia y la sumisión, y el Padre honra al Hijo a los ojos de los hombres, como está escrito: «Yo honraré a los que me honran» (1 Sam 2:30). ¡Un principio maravilloso que sigue vigentes para nosotros hoy en día!

¿Qué podemos aprender de este incidente para nuestra vida de fe? Puede ocurrir que Dios nos dé órdenes que nuestros semejantes no entiendan. O puede ocurrir que surjan malentendidos cuando hacemos con constancia lo que el Señor nos indica.

Entonces es cuando surge la cuestión de lo aferrados que estamos a nuestra reputación y de lo importante que es para nosotros ser respetados por la gente.

Imagina que alguien procede de un entorno acomodado y el Señor le muestra que debe ocuparse de los sin techo y de los grupos marginados de la sociedad. Desgraciadamente, puede que los demás le ridiculicen cuando de repente intente hablar con una clase social completamente distinta a la suya pero sin una distancia separadora y llevarles el Evangelio. George Whitefield experimentó exactamente eso:

«Difícilmente podría haber elegido un público más impensable humanamente hablando que las familias trabajadoras de las minas de carbón de Kingswood. Había varios miles de ellas en aquel distrito, y llevaban una vida en las condiciones más miserables. Hombres, mujeres y niños cavaban túneles a través de la tierra, trabajaban interminables horas en la oscuridad, con frío y humedad, y estaban

plagados de epidemias. Sucios y mugrientos como eran, un extraño rara vez se acercaba a ellos. Los mineros se habían acostumbrado a su vida de aislamiento y se habían convertido en una raza hosca que sólo podía lanzar miradas suspicaces, llenas de odio y miedo a cualquier extraño.

Éstas eran las personas a las que fueron Whitefield y Seward una fría tarde de invierno. ¿Qué les atraía hacia ellos? El amor de Cristo. Whitefield cuenta lo siguiente:

«Mi corazón llora por estos pobres mineros que son como ovejas sin pastor. Espero servir a mi Hacedor, que tuvo una montaña por púlpito y el cielo por amplificador, que, cuando los judíos le rechazaron, envió a sus siervos por los caminos y vallados.»

Así pues, los dos siervos de Cristo fueron primero de choza en choza, invitando a la gente a venir y oír el Evangelio de la gracia de Dios. Debió de ser un espectáculo extraño: Aquí el joven pastor con hábito y su adinerado acompañante, allí las figuras harapientas que habían salido con el rostro sin lavar directamente de los minas de carbón. Y poco a poco fueron llegando, hasta doscientos. El comienzo estaba hecho, al día siguiente Whitefield escribió en su diario

«¡Alabado sea Dios! ¡He roto el hielo! No creo que la benevolencia del Maestro haya sido alguna vez mayor que cuando estuve predicando ayer en pleno campo a estos oyentes. Algunos lo criticarán; pero si quisiera complacer a los hombres, no sería siervo de Cristo». (B. Peters/George Whitefield – El instrumento de Dios para el avivamiento de Inglaterra y América / CLV)

De nuevo, una aplicación para nuestra vida: Quizá el Señor te muestra en algún momento que debes ocuparte de una persona que está al margen, que tiene un carácter difícil y que no cae bien a nadie. Si luego invitas a esa persona a tu casa y le muestras cariño, los demás podrían tener la impresión de que apruebas el comportamiento de esa persona, aunque no sea así en absoluto.

En tales casos, se aplica lo siguiente: estás ante el Señor y no ante la gente. Haz la voluntad de Dios, aunque los demás puedan malinterpretarte. Si somos obedientes a Dios y aceptamos mansamente Su voluntad, no tenemos por qué esperar que, de repente, los cielos se abran sobre nosotros y suene una voz que nos alabe. Pero podemos confiar en que el Padre cumplirá lo que Su Hijo prometió a Sus discípulos: «Si alguno me sirve, el Padre le honrará» (Juan 12:26). ¡Dios revelará a Su tiempo que has hecho lo correcto!

.....
**«Si aún quisiera agradar a los hombres, no sería
siervo de Cristo». (Gál 1:10)**
.....

¿Qué es lo que realmente importa al servir al Señor? ¿En qué medida te esfuerzas por ser una bendición para los de fuera, las personas incómodas y los grupos marginados? ¿Qué es más importante para ti: lo que la gente piensa de ti o lo que Dios piensa de ti?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Mansedumbre hacia las personas

La mansedumbre es necesaria sobre todo cuando tenemos que tratar con personas que nos hacen la vida difícil. Un espíritu manso se muestra sobre todo en el hecho de que no nos defendemos ni devolvemos mal por mal cuando nos ofenden o nos atacan personalmente. Esto se manifiesta especialmente en el ejemplo de Moisés.

Moisés – el hombre más manso de su tiempo

A los 40 años, enojado mató en secreto a un egipcio por haber tratado injustamente a un israelita. Pero Moisés tuvo que aprender que la ira del hombre no obra la justicia de Dios (ver Stg 1:20). El Señor le llevó a su escuela. Le condujo a la tierra de Madián, donde este hombre tan bien educado tuvo que cuidar ovejas durante 40 años.

Cuando por fin llega la hora de Dios y el Señor quiere utilizar a Moisés para sacar a Su pueblo de Egipto, es un hombre quebrantado. En esta condición, Dios puede utilizar a Su siervo. Con la ayuda del Señor, el hombre de Dios saca a los israelitas de la esclavitud al desierto.

En realidad, cabía esperar que los israelitas estuvieran ahora agradecidos y satisfechos. Pero nada más lejos de la realidad. En el desierto, Moisés tiene que experimentar lo desagradecido que es el pueblo, cómo se queja una y otra vez y murmura

contra Dios. Ahora Moisés vive lo que aprendió en la escuela de Dios mientras pastoreaba ovejas en Madián durante 40 años. Con una mansedumbre impresionante, soporta al pueblo murmurador e intercede repetidamente por él en oración.

Pero un día Moisés se enfrenta a una prueba especial: Su propia hermana Miriam (la profetisa de Israel) y su hermano Aarón (el sumo sacerdote) se levantan de repente contra él y le acusan de haber tomado una esposa etíope. ¿Qué hay detrás de este vil ataque? Evidentemente, celos, porque tienen envidia de la posición especial que Dios le ha dado a Moisés. Por eso dicen: «¿Habló el Señor sólo a Moisés? ¿No nos ha hablado también a nosotros?» (Números 12:2).

Un duro golpe, ¡y además de sus propios hermanos! ¿Cómo reacciona Moisés ante esto? ¿Se justifica? ¿O contraataca inmediatamente, como habrían hecho muchos en una situación así? ¡Nada de eso! Aunque habría tenido motivos suficientes para enfadarse por ello, no se deja perturbar por este ataque y no se queja de ello a Dios. No reacciona en absoluto ante los reproches. No oímos de él ni una sola palabra hasta más tarde, cuando se menciona que oró por su hermana que le provocó y que había quedado leprosa porque estaba bajo el castigo de Dios.

No leemos en la Biblia que Moisés contestara a esta provocación, pero leemos estas palabras: «Y el Señor lo oyó» (Números 12:2). Es precisamente este comportamiento el que recibe un gran elogio de Dios:

«Y el hombre Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la faz de la tierra» (Núm. 12:3).

¿Qué aprendemos de esto? La mansedumbre no se defiende, ¡ni se deja provocar!

Cuanto menos se preocupe una persona por su propia reputación y honor, más abogará Dios por ella. Cuando Cristo dijo: «Yo no busco mi propio honor», añadió inmediatamente: «Pero hay uno que lo busca y lo juzga» (Juan 8:50). Dios honró a Moisés y dio testimonio de él, de que era el hombre más manso de la tierra en su época porque no luchaba por su propio honor.

El ejemplo de Moisés, por cierto, deja muy claro que la mansedumbre no es una característica de cobardes, sino que la mansedumbre y el valor pueden ir muy bien de la mano. En su profunda reflexión sobre la mansedumbre, Matthew Henry cita al obispo Hall:

«Ningún hombre pudo dar mayor prueba de su valor que Moisés. Mató al egipcio, hirió a los pastores madianitas, se enfrentó al faraón en su propia corte sin temer la ira del rey; se atrevió a acercarse... a la espesa oscuridad donde estaba Dios; y, sin embargo, el Espíritu que hizo y conocía su corazón dice que era el hombre más manso y apacible de la tierra. La mansedumbre y el valor bien pueden habitar en el mismo pecho, lo que rectifica el error de quienes no admiten otro héroe que uno que sea un fiero». (M. Henry / La búsqueda de la mansedumbre y la quietud de espíritu / American Tract Society)

Moisés había defendido la gloria de Dios y se había enfurecido con santa ira por el Señor cuando los israelitas se habían fabricado un becerro de oro al pie del monte Sinaí. Pero cuando fue atacado personalmente, mostró un

comportamiento completamente distinto: Deja el asunto en manos del Señor. ¿Y qué hace el Señor? Honra a los que le honran, y hace que Su siervo sea justificado ante el pueblo inmediatamente después de esta ofensa.

.....
La mansedumbre es una gracia que, con el poder del Espíritu de Dios, nos permite refrenar nuestras pasiones iracundas. (Thomas Watson)
.....

Pero ni siquiera Moisés era perfecto. En un cierto momento, incluso la mansedumbre de este hombre llegó a su límite: Después de que los israelitas se quejaron una y otra vez de sus circunstancias en el desierto, finalmente murmuraron porque se habían quedado sin agua. Entonces Moisés ya no pudo contener su ira. Aunque el Señor le había dicho que en esta situación hablara a la peña para que brotara agua, Moisés estaba tan irritado por las constantes quejas y el descontento del pueblo que, en su cólera, golpeó la peña dos veces en vez de hablar a la peña (ver Núm 20:11).

¿Cuál fue la consecuencia? Dios le negó la entrada a la tierra prometida de Canaán. Esto demuestra lo grave que fue ese comportamiento a los ojos de Dios. Pero también deja claro que, en algún momento, todo ser humano puede llegar al punto de actuar con rabia o pronunciar palabras imprudentes (ver Sal 106:33). Incluso David, que mostró una gran mansedumbre en la situación con Simei, tuvo que ser refrenado por Abigail en otra situación para que no se vengara en Nabal por su comportamiento insolente (ver 1 Sam 25:21-35). ¡Aprendamos de estos errores!

¿Cómo te comportas cuando la gente de tu entorno te ataca personalmente? ¿Qué puedes aprender de Moisés? ¿Por qué la mansedumbre no tiene nada que ver con la cobardía?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Escogido entre diez mil

Incluso Moisés, el hombre más manso de su tiempo, fracasó en la mansedumbre en algún momento. Pero hay uno que nunca reaccionó de forma airada cuando le provocaron, ni pronunció palabras imprudentes cuando la gente trató de provocarle: Jesucristo, el Señor de gloria. Con infinita mansedumbre soportó la contradicción de los pecadores contra Él (véase Heb 12:3). Pero no sólo eso: durante Su ministerio público estuvo rodeado durante más de tres años y medio por doce hombres que no siempre le hicieron la vida fácil.

Cuántas veces se portaron mal los discípulos, a pesar de que oían a diario las palabras de su Maestro y veían los milagros que hacía. Sólo algunos ejemplos: Fueron testigos oculares de cómo el Señor alimentó a 5.000 hombres con cinco panes y dos peces. Sin embargo, poco después se preocuparon cuando por descuido se llevaron sólo un pan para un viaje. Debido a su falta de confianza, no comprendieron al Señor en aquella situación, cuando quería advertirles sobre la levadura de los fariseos (ver Mr 8:15).

En otra ocasión, Jesús les abrió Su corazón y les habló abiertamente de que pronto sufriría, moriría y resucitaría. ¿Cómo reacciona Pedro?

Reprende a su Maestro por ello (ver Mt 16:22). Incomprensión total e incluso reprimenda, ¡y esto a pesar de que el Hijo de Dios quiere hacer la voluntad de Su Padre! Después de decirles de nuevo lo que le sucederá en Jerusalén, los pensamientos de sus discípulos se centran únicamente en quién sería el mayor entre ellos (ver Mr 9:31-34). Un capítulo

después, el Señor vuelve a hablar de los sufrimientos que le esperaban en Jerusalén. La respuesta de los discípulos: «Concédenos sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu gloria» (Mr 10:33-37). ¡Difícil de superar esta falta de tacto y sensibilidad!

También es muy conmovedor el modo en que Lucas describe estos fallos de los discípulos. Sobre todo porque en su relato de la vida de Jesús a menudo presenta los acontecimientos no en un orden cronológico, sino moral. En el capítulo 22:15-24 describe cómo el Señor, un día antes de Su crucifixión, celebra la Pascua con Sus discípulos y después instituye la Cena del Señor. Con anhelo había deseado comer la Pascua con ellos una vez más antes de sufrir. Por última vez les habló de Su sufrimiento, que finalmente culminaría en la cruel muerte en la cruz. También les dice abiertamente que sabe muy bien que uno de ellos pronto le entregaría a Sus enemigos.

¿Qué hacen los discípulos en esta situación, en la que su Maestro vuelve a abrirles Su corazón con tanta confianza? De nuevo discuten sobre quién de ellos es el más grande. En lugar de mostrar compasión, se comportan de forma egoísta. ¡Qué insensibilidad e ignorancia, y esto en la hora en que Cristo habría necesitado tanto su ayuda! Había esperado compasión y no la hubo, y consoladores y no los encontró (véase Sal 69:20).

¿Cómo reacciona ante el comportamiento de Sus discípulos en esta situación? Moisés perdió la paciencia en algún momento, después de que el pueblo hubiera murmurado al menos diez veces. Pero eso no ocurrió con el hombre

perfecto y celestial. Con asombrosa mansedad, el Señor explica primero a Sus discípulos lo que significa la verdadera grandeza en el Reino de Dios, sin acusarles directamente de sus fracasos ni reprenderles bruscamente.

Pero luego va un paso más allá y dice: «Pero vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas; y yo os asigno un reino, como mi Padre me dio a mí un reino, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel» (Lc 22:28-30). ¡Increíble! ¿Era éste el momento de recordar su fidelidad, que en realidad era más que cuestionable? ¿Era éste el momento adecuado para ponerlos en tan buen lugar cuando acababan de comportarse tan carnalmente?

Para el hombre natural no habría sido el momento adecuado, pero para el Hijo del Hombre era precisamente el momento adecuado.

En vez de enfadarse y poner a los discípulos en su sitio, el Señor los alabó e incluso les prometió una gran recompensa en el reino de Dios. Tres de ellos habían estado durmiendo en la montaña donde se transfiguró cuando habló con Moisés y Elías de lo que se encontraría en Jerusalén (comp. Lc 9:30-32). ¿No sabía Él que los mismos discípulos volverían a dormir en la hora de Su tentación en Getsemaní, y eso incluso a pesar de haberles mandado que velaran? ¡Sin duda! Al fin y al cabo, ya le había dicho a Pedro que pronto le negaría tres veces, y había predicho a todos los demás que le dejarían solo (véase Jn 16:32). ¡Cómo soportó a estos hombres con mansedumbre y amor! Él es el ejemplo del que debemos aprender.

.....
¡Considerad la infinita paciencia de Jesús!
¡Con qué paciencia soportó el desvarío, las ideas
erróneas y la dureza de corazón de Sus discípulos!
(John MacDuff)
.....

Veamos de nuevo un ejemplo de la historia de la Iglesia: John Hyde, que trabajó como misionero para el Señor en la India, era llamado «Hyde el que ora» por muchos de los que le conocían. Pasaba mucho tiempo en la presencia de Dios, lo que tuvo un impacto significativo en él.

Esto puede verse, por ejemplo, en su trato con un brahmán que se había convertido y asistía a una escuela misionera. El joven convertido testificó públicamente que Cristo era su Salvador, a pesar de la feroz oposición de su madre viuda y otros parientes.

Cuando sus parientes se dieron cuenta de que seguía firme en su fe a pesar de su hostilidad, intentaron disuadirle del camino de la verdad de otras maneras. De repente, se reunieron con él muy amablemente y se ganaron así su corazón. Volvió a su casa, donde se vio rodeado de jóvenes que le tentaron para que bebiera. Cayó en el pecado y renegó de su Señor.

Pero, gracias a Dios, se arrepintió de su conducta y acudió al Sr. Hyde, que le acogió como a un hijo pródigo. El joven vivía ahora con John Hyde y volvió a confesar a Cristo como su Señor. No obstante, seguía teniendo problemas con el alcohol. Así, una y otra vez robaba ropa a su anfitrión y la vendía para volver a beber con el dinero ganado así.

Cuando un amigo se encontró con el Sr. Hyde durante este tiempo, éste le dijo con una sonrisa: «Probablemente

no vaya a verte a las montañas este verano. Evidentemente, mi Padre Celestial quiere que pase la estación calurosa en el valle, pues no me queda ropa de abrigo».

Hyde aceptó «el robo de sus bienes» con alegría, pensando que eran un pequeño precio a pagar en comparación con un alma inmortal.

Destacó cuánto tiempo había soportado el Señor a Judas y a otros, y cómo nunca echaba a nadie que pidiera quedarse con Él. Así fue como Hyde pasó largo tiempo con aquel joven alcohólico. (E. G. Carre / Hyde, el hombre que oraba / Waymark Books)

¿Qué puede ayudarte a no enfadarte cuando te decepcionan personas cercanas a ti? ¿Qué te muestra la reacción del Señor Jesús – cuando Sus discípulos fracasaron – sobre el carácter de Dios? ¿Por qué menciona Pablo tantas cualidades que son necesarias para mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (ver Ef 4:1-3) y cómo se manifiestan estas cualidades en la convivencia cristiana?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Educar con mansedumbre

Volvamos a los discípulos. Cuando leemos los Evangelios, tenemos la impresión de que a veces se comportaban como niños pequeños. Eran egoístas, se comparaban entre sí, discutían, les costaba obedecer y cometían los mismos errores una y otra vez. Por desgracia, a menudo no somos mejores que ellos.

Hablando de niños, los padres en particular necesitan mucha mansedumbre cuando educan a sus hijos. Porque muy pronto se nos acaba la paciencia, nos irritamos o incluso nos enojamos por el comportamiento de los hijos. El Señor tenía un gran corazón para los niños. Aunque a menudo estaba muy ocupado en Su ministerio, les dedicaba tiempo. Se inclinaba hacia ellos, los cogía en brazos y los bendecía (ver Mr 10:16).

Los padres son los pastores del corazón de los niños. Por eso es tan importante que, a pesar de los muchos errores que cometen los niños, no nos irriteemos ni nos enfademos, sino que intentemos ganarnos sus corazones con mansedumbre y longanimidad. Especialmente con los niños pequeños, suele haber muchos desafíos espontáneos: noches en vela, enfermedades o lesiones requieren amor, paciencia y un espíritu manso.

.....
**«Toda amargura e ira, enojo y griterío... sean
alejados de vosotros». (Ef 4:31)**
.....

El Señor alabó a Sus discípulos a pesar de su mala conducta. ¿Cómo lo hacemos nosotros? ¿Has elogiado alguna vez a alguien aunque te haya decepcionado con su comportamiento? ¿Cuántas veces rechazamos a la gente – incluso a hermanos y hermanas en la fe – cuando nos han tratado mal o se han portado mal!

Aprendamos de nuestro Maestro a no fijarnos en lo negativo, sino en lo positivo de la vida de nuestros semejantes. Como escribió Pablo a los Filipenses: «Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.» (Fil 4:8).

También es muy interesante cómo el Señor trató a Pedro, Santiago y Juan en el Huerto de Getsemaní. Allí les dijo que velaran con Él. Pero cuando se retiró a orar y volvió a ellos una hora más tarde, los tres estaban dormidos. Por eso les reprendió y les dijo: «¿Así que no fuisteis capaces de velar conmigo ni una hora? (Mt 26:40).

Era una reprimenda que claramente se merecían. Pero es impresionante la mansedumbre con que el Señor lo expresa. En Su mansedumbre llega incluso a atenuar aún más el justificado reproche. Porque Él mismo encuentra una excusa para ellos. Sabe que sus corazones estaban llenos de dolor por Su inminente partida y que esto también se reflejaba en ellos en forma de cansancio. Por eso, en Su mansedumbre, añade: «El espíritu ciertamente está dispuesto, pero la carne es débil».

Pablo escribió a Timoteo, con el mismo espíritu, sobre el fracaso de sus colaboradores: «En mi primera

responsabilidad nadie estuvo a mi lado, sino que todos me abandonaron; que no les sea imputado» (2Tim. 4:16). El apóstol llama a los Corintios a ser sus imitadores, como él también fue imitador de Jesús (ver 1Cor 11:1).

.....
La mansedumbre no debe confundirse con el cansancio. Tampoco es un fruto natural del corazón humano. Es un fruto exótico del cielo.

(Corrie ten Boom)

.....

Esto también implica que le imitaran especialmente en su mansedumbre, pues Pablo podía decir con sinceridad y sin amargura en el corazón: «Y yo con el mayor placer gastaré lo mío, y aun yo mismo me gastaré del todo por amor de vuestras almas, aunque amándoos más, sea amado menos.» (2Cor 12:15). Con Pablo no hubo: « Tal como sois vosotros para mí, así soy yo para vosotros», sino que mostró algo del amor incondicional que también caracterizó la vida de su Señor. Aunque los Corintios le amaban cada vez menos, él les amaba cada vez más. ¿Dónde se encuentra todavía hoy un espíritu semejante?

Volvamos a George Whitefield, quien experimentó mucha oposición en su servicio al Señor. Cuanto más conocido se hizo y más gente le escuchaba, mayores fueron los ataques contra él por parte de los líderes eclesiásticos de la iglesia oficial. La reacción de este hombre de Dios es asombrosa y digna de imitación. Benedikt Peters escribe en la biografía de Whitefield:

«De nuevo la gente pedía sus sermones, y de nuevo se imprimían y pasaban de mano en mano. En tres semanas predicó más de veinte veces en iglesias y cincuenta en congregaciones. El clero ya no podía permanecer pasivo. Desde los púlpitos de Londres comenzaron a lanzarse advertencias contra el joven fanático y sus peligrosas enseñanzas.

El predicador de la corte del heredero del trono publicó un sermón en el que atacaba especialmente la doctrina de la seguridad de la salvación. No mencionó el nombre de este conocido representante de esa «peligrosa doctrina», pero todo el mundo sabía a quién se refería. Le acusaba de «arrogancia espiritual» y «gran fanatismo», cuyos sermones «alejaban a los hombres del cielo más que ayudarles en el camino hacia él». Casi al mismo tiempo, apareció un panfleto titulado Notas sobre los diarios del reverendo Whitefield, «en el que se demuestran sus muchas incoherencias y se examinan sus convicciones».

A este respecto, hay que dar una explicación: Poco antes de su partida para América, Whitefield había empezado a escribir informes diarios de sus actividades para sus amigos de Inglaterra. Quería estimular a sus lectores a orar por él y, al mismo tiempo, a la fidelidad y diligencia en la obra del Señor. En consecuencia, escribía de forma muy abierta y confidencial, más o menos como un misionero de hoy informa a las congregaciones que le apoyan en boletines periódicos.

Sin embargo, sin que Whitefield lo supiera y en contra de sus intenciones, éstos informes se imprimieron cuando aún estaba en Georgia, y así circularon por toda Inglaterra. Naturalmente, ofrecieron amplios blancos para cualquiera que deseara atacarle. Era fácil presentar al autor de los «Diarios»

como un engreído, un impostor, un sabelotodo demasiado espiritual. En consecuencia, las mencionadas y otras producciones similares estaban «llenas de veneno» (Tyerman).

También en la prensa, Whitefield fue repetidamente objeto de bromas, presentándolo como un fanático sobreexcitado. ¿Cómo debía reaccionar Whitefield? No reaccionó en absoluto; es decir, oró por sus enemigos:

«Sábado, 6 de enero. He predicado seis veces esta semana y debería haber predicado una séptima vez, pero un ministro no me dejó, lo que me dio motivo para orar por él con fervor. Alabado sea Dios, puedo decir: «Amo a mis enemigos».»

.....
Un cristiano es una persona que no conoce el odio ni la enemistad contra nadie, no tiene ira ni venganza en su corazón, sino sólo amor, mansedumbre y bondad. (Martín Lutero)
.....

Lunes 15 de enero. Leí un panfleto escrito contra mí por un pastor, alabo a Dios sin agitación. Oré de corazón por el autor.

Martes 16 de enero. Oré especialmente por el autor del panfleto. Dejé a los asistentes llorando, mientras yo volvía a casa lleno de amor, alegría y paz. ¡Si él pudiera sentir lo que yo siento! ¡Qué feliz debería ser!

Domingo, 21 de enero. Fui esta mañana a recibir la Comunión de manos del clérigo que había escrito contra mí. Alabo a Dios porque no siento la menor antipatía hacia

él, sino amor; porque creo que tiene celo por Dios, pero, me temo, sin conocimiento. Ojalá pudiera hacerle algún bien». (B. Peters/George Whitefield – El Avivador de Inglaterra y América/CLV)

En nuestros días tampoco falta el espíritu crítico destructivo. Qué triste es cuando los cristianos se critican públicamente unos a otros y exponen una mala imagen de los demás. Pero en lugar de amordazar a los críticos con duras reprimendas, deberíamos orar por ellos y mostrarles la mansedumbre de Jesús a través de nuestras vidas. Esto glorifica al Señor, y quizá abra los ojos a algunas personas sobre su comportamiento.

¿Qué versículos bíblicos se te ocurren que nos animen a centrarnos en lo positivo de la vida de nuestros hermanos y hermanas en la fe y a tenerles en más alta estima que a nosotros mismos? Confía en que el Espíritu Santo te dará fuerzas para vencer el mal con el bien y para amar a los demás con determinación, ¡incluso cuando no te demuestren amor!

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

La mansedumbre cuando uno sufre el rechazo

Moisés ya había anunciado la venida del Señor Jesús en el Antiguo Testamento, cuando dijo: «Un profeta de entre vosotros, de entre vuestros hermanos, como yo, os suscitará el Señor, vuestro Dios; a él oiréis» (Dt 18:15). Ahora, unos 1500 años después, ese momento había llegado.

El Hijo de Dios comenzó Su ministerio público enseñando la Palabra de Dios en las sinagogas judías. Un ejemplo de Nazaret: Cuando predicó allí, al principio la gente se maravilló de Su sabiduría y de las palabras de gracia que les decía. Pero al cabo de unos minutos los ánimos se alborotaron y empezaron a enfadarse con Él. ¿Por qué? Porque Sus palabras no sólo eran agradables, sino que además estaban sazonadas con sal. Por eso dijeron de pronto: «¿No es éste el carpintero, hijo de María, y hermano de Santiago y de Josés y de Judas y de Simón? ¿Y no están aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaron de él» (Mr 6:3).

¿Cómo afrontó el hecho de que la gente pensara tan despectivamente de Él y no viera en Él más que un vulgar carpintero? ¿Le molestó su comportamiento? En absoluto. En lugar de eso, les presentó con calma un principio triste pero cierto: «Un profeta no carece de honor más que en la ciudad de su padre, entre sus parientes y en su propia casa» (Mr 6,4). No les amenazó con juzgarles ni les reprendió duramente. En cambio, aceptó con mansedumbre, de la mano de Dios, el rechazo que experimentó por parte de aquella gente ante cuyos ojos había vivido tanto tiempo. Con esta actitud de corazón, simplemente siguió adelante por las aldeas de los alrededores y continuó Su ministerio.

.....
**Si alguien me hiere, consideraré cuánto mejor
es sufrir yo mismo que causar sufrimiento.**

(Robert C. Chapman)
.....

Incluso hoy en día es frecuente que un siervo del Señor sea a menudo más apreciado en otro lugar y país que en su país de origen, donde se le conoce desde pequeño y donde puede ser juzgado erróneamente o ser objeto de envidias y celos.

La historia de Gladys Aylward es interesante en este contexto. Se crió en Inglaterra y a los 18 años escuchando a un predicador se dio cuenta de que Dios la llamaba para ir de misionera a China. Entonces presentó una solicitud a la Misión para el Interior de la China para que esta sociedad misionera la enviara a China. Cuando llevaba tres meses asistiendo al seminario misionero, la llamaron a la sala del director para una reunión. Entonces ocurrió lo siguiente: «Gladys», empezó el director con cuidado. «Tus notas en el primer semestre son... bueno, bastante malas. Sería una pérdida de tiempo y dinero si continuas estudiando aquí».

«Pero», protestó Gladys con firmeza, «he sabido toda mi vida que Dios quiere que sea misionera en China».

«Además – continuó imperturbable el director –, tendrás casi treinta años cuando te gradúes. Es demasiada edad para aprender una lengua tan difícil como el chino».

Con los hombros caídos, Gladys se volvió hacia la puerta para salir.

«Pero puedo ayudarte a conseguir un trabajo como asistente», añadió el director, deseoso de ayudar.

¡Una asistenta! Gladys se sintió decepcionada y apenada. Estaba segura de que Dios la quería en China. Pero aceptó trabajar como asistenta de dos misioneras jubiladas. Estas dos la animaron en su deseo de trabajar como misionera. Le consiguieron un trabajo como auxiliar en un centro de rescate del sur de Gales, donde recorría las orillas de los ríos en busca de chicas que se habían escapado de casa, chicas que a menudo eran capturadas por delincuentes. Con su figura delgada y su estatura de sólo 1,65 m, Gladys parecía fuera de lugar entre los corpulentos y rudos marineros que trabajaban en los muelles. Pero salía todos los días, donde el ambiente era hostil, frío y húmedo, y ponía a salvo a las angustiadas fugitivas hasta que podían volver a casa.

Una neumonía la obligó a pasar unas vacaciones de convalecencia en Londres. Estaba en la iglesia con su madre cuando, de repente, oyó que alguien contaba algo sobre una anciana misionera llamada Jennie Lawson que estaba en China. Jennie buscaba una joven colaboradora.

«Bueno», pensó Gladys en voz baja, «ésa soy yo».

En cuanto se sintiera mejor, buscaría trabajo como criada. Ahorraría hasta el último céntimo para comprar el billete a China. Su patrón era Sir Francis Younghusband, un escritor que conocía muy bien China gracias a sus muchos viajes. Él le prestaba libros sobre el país para que Gladys los leyera en su tiempo libre.

Un día, Gladys fue a una agencia de viajes con todos sus ahorros. «¿Cuánto cuesta un billete a China?», preguntó.

El empleado sonrió a la pequeña mujer del flaco abrigo. Era evidente que era pobre. Quizá le gustaba fingir que

viajaba lejos. «Si vas en barco, cuesta noventa libras», respondió.

¡Noventa libras! Gladys sólo había ahorrado unas pocas libras. «¿Hay alguna forma más barata?», quiso saber.

El empleado se encogió de hombros. «Un billete de tren sólo costaría cuarenta y cinco libras, pero...».

«¡Me lo quedo!» Gladys sonrió. «Sólo tiene que expedirme un billete y le traeré dinero todos los viernes hasta que esté todo pagado».

El empleado negó con la cabeza. «De momento no puede tomar el tren a China, porque Rusia y China están en guerra. Las fronteras están cerradas».

Gladys se limitó a sonreír: «Cuando haya ahorrado el dinero suficiente, la guerra habrá terminado», dijo con confianza.

El 15 de octubre de 1932 había llegado el momento. Gladys se despidió de su madre y de su padre con un abrazo y se sentó en su compartimento de tren. Cuatro semanas más tarde y a ocho mil kilómetros de distancia, bajó con cuidado sus doloridos huesos del lomo de una mula. Se detuvo ante una destartalada posada en las montañas de Yangcheng. La anciana Jennie Lawson salió corriendo a saludarla. Gladys Aylward, «la que no valía» para ser misionera, había llegado a China». (D. & N. Jackson / Héroes de la Fe / CLV)

.....
**«El temor del hombre tiende lazos; pero el
que confía en el Señor está seguro».** (Prou 29:25)
.....

¿Qué puedes aprender de la historia de Gladys Aylward? ¿Cómo te comportas cuando el Señor te encomienda una misión que no encaja en el concepto de vida que los demás esperan de ti? ¿Qué puede significar para tu vida la afirmación de Marcos 6:4?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

La masedumbre ante la ingratitud

Pedro nos da un resumen del ministerio público de Jesucristo cuando afirma: «Que andaba haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hch 10:38). Esto es exactamente lo que se nos presenta en el siguiente incidente:

Cuando el siervo de Dios llega a la región de los Gadarenos, le sale al encuentro un hombre «endemoniado desde hacía mucho tiempo; y no vestía ropa, ni moraba en casa, sino en los sepulcros.» (Lc 8:27). Aunque el hombre poseído estuviera atado con cadenas y grilletes, los destrozaba con una fuerza sobrenatural y luego era impulsado por los demonios a un lugar desierto. En este estado, este hombre era literalmente el terror de la ciudad y un peligro para la sociedad.

Cuando el Señor le ve, le libera del poder de Satanás. Con autoridad divina manda a los demonios que salgan de este hombre. Los espíritus malignos no tienen más remedio. Deben obedecer Su orden. Entran en un hato de cerdos, que al instante se precipitan al mar y se ahogan.

Pero ¿qué pasa con el hombre a quien el Señor ha liberado del poder de Satanás? Ahora está sentado «vestido y en su cabal juicio a los pies de Jesús» (Lc 8:35).

¡Qué cambio! ¡Qué milagro de la gracia! Cuán agradecidos podían estar los habitantes de esa región. Se acabó el peligro. Ya no necesitan tener miedo.

¡Pero ocurrió exactamente lo contrario! Lucas escribe: «Y toda la muchedumbre de la región de los Gadarenos le rogaba [a Jesús] que se alejara de ellos, porque estaban invadidos por un gran temor» (Lc 8:37). Hay que imaginárselo:

Parece como si aquella gente prefiriera un hato de cerdos al Hijo de Dios y, por eso, le expulsaran de allí. ¡Qué descarada impertinencia!

¿Cómo habrías reaccionado tú en esta situación? ¿Cómo reacciona el Señor? No muestra reacción alguna. Ni una palabra airada ni ninguna reprimenda. Con mansedumbre, sufre el insulto. Incluso corresponde a su petición, pues Lucas escribe: «Pero él subió a una barca y regresó» (Lc 8:37).

.....
Tu trabajo será muy fácil si tu espíritu es muy manso. Es el espíritu orgulloso el que se cansa de hacer el bien cuando comprueba que su trabajo no es apreciado. (C. H. Spurgeon)
.....

A Sus discípulos les había dicho el Maestro: «Amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio, y vuestra recompensa será grande y seréis hijos del Altísimo, porque Él es benigno con los ingratos y los malvados» (Lucas 6:35). La escena de la tierra de los Gadarenos muestra que el Señor practicaba lo que predicaba a los demás.

Spurgeon dijo muy acertadamente en relación con la mansedumbre en el servicio al Señor: «Cuando estoy trabajando activamente para Cristo, sólo puedo encontrar tranquilidad en el trabajo si poseo el espíritu manso de mi Señor. Porque si me pongo a trabajar para Cristo sin un espíritu manso, muy pronto descubriré que no hay paz en ello. El yugo pesará sobre mis hombros. Alguien me reprochará que no hago mi

trabajo a su gusto. Si no soy manso, mi espíritu orgulloso se levantará inmediatamente y me defenderá; me irritaré o desanimaré y tenderé a no hacer nada más porque no me valoran como yo merezco.

Un espíritu manso no tiende a enfadarse y no se ofende tan rápidamente. Por eso, cuando los demás encuentran defectos en algo, el espíritu manso sigue trabajando y no se ofende: no oye la palabra aguda ni responde a la crítica severa [...].

En su trabajo, el espíritu manso sólo busca hacer el bien a los demás; se niega a sí mismo; nunca espera que le traten bien; no busca que le honren; nunca se busca a sí mismo, sino que sólo tiene la intención de hacer el bien a los demás. El espíritu manso no busca ser exaltado: está plenamente satisfecho si puede exaltar a Cristo y hacer el bien a sus elegidos.»

Salomón escribe: «La cordura del hombre domina su ira y su honra es pasar por alto la ofensa.» (Prov 19:11). Es más honroso enterrar una injuria que vengarla, y pasarla por alto que escribirla. Las criaturas débiles, como las abejas, son las más rápidas en picar ante cualquier provocación. El león, una criatura más majestuosa, no se deja provocar tan fácilmente. Para nosotros, un espíritu noble pasa por alto un insulto.

.....
**«Porque así quiere Dios que, haciendo el bien,
acalléis la ignorancia de los hombres insensatos».**

(1Pe 2:15)
.....

¿Cómo te comportas cuando haces el bien a los demás pero no recibes ni reconocimiento ni agradecimiento por ello? ¿Eres también amable con los ingratos y malvados (véase Lc 6:35)?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Su reacción cuando le insultaron duramente

Siempre es impresionante ver cómo reaccionó el Señor cuando era atacado o insultado. Él, el Santo de Dios, había venido a destruir las obras del diablo y a liberar a los hombres del poder de las tinieblas. Por eso, cuán absurda fue la acusación que le lanzaron los judíos: «Eres samaritano y tienes un demonio» (Jn 8:48).

Muchos se habrían puesto furiosos inmediatamente ante un insulto tan descarado. No así el Hijo de Dios. De Él se dice: «... Cuando le injuriaban, no respondía con injurias...». (1 Pe 2:23). ¿Cómo reacciona Él ante esta insolencia? Permanece completamente tranquilo, simplemente da testimonio de la verdad y dice: «No tengo ningún demonio» (Jn 8:49).

¡Qué claridad, combinada con una magnífica mansedumbre, hay en esta respuesta, ante una blasfemia tan insolente y descarada! A pesar de toda la maldad y dureza humanas, el Señor no se defiende, ni surgen en Su corazón sentimientos de venganza. La mansedumbre no puede ser provocada, ¡y eso es exactamente lo que nuestro Maestro nos ha demostrado a la perfección!

La próxima vez que te insulten o cuando alguien intente provocarte, recuerda el ejemplo del Señor. Él soportó de buen grado la oposición de los pecadores contra Él (véase Heb. 12:3).

Mirarle a Él puede evitar que cedas y devuelvas mal con mal.

La humildad es el mejor remedio contra la ira y la venganza.

El que tiene un alto concepto de sí mismo se mostrará agresivo ante cualquier pequeño insulto. Pero el que se considera poco importante no ofrece ningún blanco al insulto.

.....
**La cólera hace de un amigo un enemigo;
La mansedumbre hace de un enemigo un amigo.**

(Thomas Watson)
.....

«Murdoch Campbell, en su libro «De la Gracia a la Gloria», habla de un clérigo piadoso del norte de Escocia cuya esposa no compartía su profunda fe. Al parecer, ella no sentía el mismo amor por el Señor ni por Su Palabra. Un día, él estaba sentado junto al fuego leyendo la Biblia cuando ella entró en la habitación. En un arrebato de ira, le quitó el libro de las manos y lo arrojó al fuego.

¿Cómo debería reaccionar un cristiano ante semejante afrenta y furia? ¿Debería reprenderla seriamente por su mal comportamiento? ¿O debería aprovechar la ocasión para mostrarle la mente de Cristo?

El clérigo optó por lo segundo. La miró y le dijo con calma: «Creo que nunca jamás he estado sentado junto a un fuego tan caliente».

Era una ilustración clásica del versículo: «Una respuesta suave aleja la ira» (Proverbios 15:1).

El Sr. Campbell escribe: «Fue una respuesta que aplacó su ira y marcó el comienzo de una vida nueva y amable. Su Jezabel se convirtió en Lidia, la espina en lirio». (W. MacDonald / La vida por encima de la norma / CLV)

¿Por qué un insulto nos provoca tan rápidamente? ¿Qué papel desempeña en ello nuestro orgullo? ¿Qué puede conseguir que no devuelvas el insulto? Cuando un perro ladra a una oveja, ¡la oveja no le devuelve el ladrido!

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Mansedumbre a pesar de la oposición

El Hijo de Dios había venido a hacer la voluntad de Su Padre, costase lo que costase. Esta santa voluntad le condujo a Jerusalén, donde iba a sufrir y ser crucificado. Sabía todo lo que le sucedería allí. Pero nada ni nadie podía hacerle desistir del camino de la obediencia. Con gran determinación se dispuso a entrar en la ciudad que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados (ver Lc 13:34).

Antes de partir, envió mensajeros delante de Él. Debían hacer preparativos para Él en una aldea samaritana (ver Lc 9:52). El Señor ya había hecho mucho bien en Samaría. Muchos habían sido salvados allí. Cabía esperar que la gente se mostrara amistosa con Él. Pero ¡nada más lejos de la realidad! En vez de darle una bienvenida amistosa, le rechazaron.

¿Cómo reaccionaron los discípulos? «Señor, ¿quieres que digamos que descienda fuego del cielo y los consuma, como hizo Elías?» (Lc 9:53). Sólo tienen una cosa en mente: ¡venganza y retribución! En Jesús, en cambio, vemos un espíritu completamente distinto. No imputa a esta gente su transgresión (véase 2 Cor 5:19), pues Él no había venido a oponerse al mal, sino a vencer el mal con el bien.

¿Qué hace en esta situación? Reprende a Sus discípulos y acepta el rechazo de los samaritanos con mansedumbre, sin quejarse ni rebelarse en modo alguno. Simplemente dice: «Y se fueron a otra aldea». Sin inmutarse, continúa su camino hacia Jerusalén, sin importarle los aplausos ni la oposición de la gente.

¡Cuántas veces tenemos el mismo comportamiento que los discípulos! Con qué rapidez nos inclinamos a reaccionar con dureza cuando nos agravian y la gente nos trata con desprecio. Sin embargo, la Palabra de Dios nos exhorta a no devolver mal con mal (Rom 12:19; 1Pe 3:9), sino a mostrar gentileza y mansedumbre hacia todas las personas (Fil 4:5; Tit 3:2).

El manso que es capaz de dominar su ira es fuerte y victorioso. Como dijo Salomón: «Mejor es un hombre paciente que un héroe, y el que domina su espíritu que el que conquista una ciudad» (Prov 16:32). Es fácil ceder a la ira. Uno simplemente da rienda suelta a sus sentimientos. Pero ir contra el instinto normal, resistir a la ira y «vencer el mal con el bien» es verdaderamente cristiano.

Cuando el evangelista japonés Matsuzaki llegó a la campiña de Izumo para evangelizar, encontró mucha resistencia. Al igual que el pueblo rechazó a Cristo hace 2000 años, los habitantes de Izumo también rechazaron a este mensajero de Jesús. H. Tanaka escribe sobre esta época en su libro «En medio de los lobos»:

«Así, desde el principio, Matsuzaki fue considerado un enemigo y odiado por todo el pueblo. Durante el día, reunía a los niños en varios templos pequeños y les enseñaba. También les hacía aprender versículos bíblicos y canciones. Por la noche celebraba reuniones callejeras. Pudo mantenerse con los 80 yenes que recibía mensualmente del Ejército de Salvación.

.....
El león de la ira cederá el paso al cordero de la mansedumbre; el cuervo de la inmundicia huirá ante la paloma de la pureza; la vil serpiente del engaño será aplastada bajo el calcañar de la verdad.

(C. H. Spurgeon)
.....

Pero nadie en el pueblo quería alquilarle un lugar donde vivir. En un año tuvo que mudarse dieciocho veces. A veces sólo podía vivir en un lugar durante dos días. Una vez incluso le negaron un piso durante la mudanza. Como no pudo encontrar otra cosa, vivió en una choza casi en ruinas de diez metros cuadrados, al lado de un arbusto de bambú.

Dos enfermas mentales habían vivido en ese «agujero» en el pasado, y no habían muerto de una muerte natural. Por eso el propietario había dejado que la casa se deteriorara, por miedo a una maldición, y todos los aldeanos hacían un desvío por considerarla una casa encantada.

En esta soledad y angustia, Matsuzaki pensaba a menudo en su padre y en su abuela. ¿Debía abandonar ese lugar y trasladarse a otro donde se vieran frutos más rápidamente? ¿Se aplicaban aquí las palabras del versículo 11 de Marcos 6: «Y donde no os reciban ni os escuchen, salid de aquel lugar y sacudid el polvo de vuestros pies como testimonio a ellos»? ¿O había que considerar aquí la parábola de la higuera de Lucas 13: «Señor, déjala este año, hasta que cave a su alrededor y la abone, por si aún da fruto; si no, córtala entonces»? Estas preguntas y dudas atormentaban a Matsuzaki.

Un día oyó los ladridos de un zorro. Cuando miró por la ventana, lo vio muy cerca. Entonces cayó de rodillas y oró:

«¡Señor, perdóname! ¡Dame fuerzas para quedarme un año más! Las zorras tienen madrigueras, los pájaros nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde recostar la cabeza; así lo has dicho, Señor. Tú también sabes que yo no tengo dónde quedarme. Señor, ¡ayúdame!» (H. Tanaka/En medio de los lobos / CLV)

.....
«No os venguéis, amados, sino dad lugar a la ira; porque está escrito: Mía es la venganza; yo pagaré, dice el Señor». (Rom 12:19)
.....

**¿Sirves al Señor independientemente de Los aplausos o del viento contrario de la gente?
¿Qué significa que debemos ser lentos para la ira, porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios (ver Stg 1:19.20)?**

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

El León y el Cordero

La cruz se acercaba cada vez más. Pocos días antes de su captura, Jesucristo, el Rey según el corazón de Dios, llega una vez más a Jerusalén. No cabalga sobre un caballo blanco, ni lleva una ropa teñida en sangre. Tampoco son Sus ojos como llama de fuego, ni sale de Su boca una espada de dos filos. No viene como Rey de reyes y Señor de señores para ejecutar el juicio sobre Sus enemigos, como ocurrirá en el futuro (véase Ap 19:11-16). En cambio, leemos que en ese momento se cumple la profecía de Zacarías, que escribe: «Di a la hija de Sión: He aquí que tu Rey viene a ti, manso y montado en un asno, en un pollino, cría de bestia de carga» (Mt 21:5).

En otro lugar se indica que el Señor llora por Jerusalén en esta situación. ¿Por qué? Porque sabe exactamente el terrible juicio de Dios que pronto caerá sobre la ciudad del gran Rey (ver Lc 19:41,42). Viene con espíritu de mansedumbre. ¿Por qué se menciona esto específicamente aquí? Para mostrarnos que Jesús, como Cordero de Dios, está dispuesto a ser entregado en manos de los pecadores y a sufrir sin resistencia. No sólo conoce el terrible destino de Jerusalén, sino también todo lo que le espera en esa ciudad. Conoce a las muchedumbres que, sólo unos días después, respondieron a las palabras de Pilato: «He aquí vuestro Rey» gritando: «¡Fuera! ¡crucifícale!» (Juan 19:14,15). Además, sabe que no le iban a poner una corona de oro, sino que le coronarían con una corona de espinas – la maldición de la tierra. El Cristo debía sufrir, y la palabra profética anunciaba que el final de Su paso por esta tierra sería adornado con mansedumbre en Sión.

La escena que sigue es sumamente interesante. Sólo unos versículos después de que el Señor llegara a Jerusalén como Rey manso, aparece de repente en el templo y muestra un comportamiento muy distinto: «Entró Jesús en el templo y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas. Y les dijo «Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración; pero vosotros la convertís en cueva de ladrones» (Mt 21:12,13). ¿Cómo puede explicarse este marcado contraste?

Ahí reside una lección muy importante para el verdadero discipulado: cuando Jesucristo fue atacado, rechazado o maltratado personalmente, lo soportó mansamente, sin luchar ni defenderse. Pero cuando se trataba de la gloria de Dios y de Sus intereses, los defendía con santo celo. Alguien lo resumió una vez así: «Cuando se trataba de Él mismo, era un cordero; pero cuando estaban en juego los intereses de Dios, era un león». Esto es lo que debemos aprender de Él: debemos luchar como leones por los asuntos de Dios, pero ceder como corderos en nuestros propios asuntos.

Los hombres abusaron de la casa de Su Padre y de este modo mancharon Su honor. El Señor no podía permanecer callado ante esto. Ya al comienzo de Su ministerio público, con un azote había echado del templo a los vendedores de ganado, ovejas y palomas; había derramado el dinero de los cambistas y había volcado sus mesas (ver Jn 2:14-16), sin perder el dominio sobre sí mismo. En los Salmos se dice proféticamente de Él: «El celo por tu casa me ha consumido» (Sal 69:9). Fue precisamente este celo el que se manifestó en el templo al principio y hacia el final de Su ministerio.

La mansedumbre, pues, no significa permanecer en silencio incluso cuando se deshonra a Dios. De hecho, hay situaciones en las que la ira santa contra el mal es conveniente. He aquí un ejemplo del Antiguo Testamento: Cuando Aarón y María atacaron personalmente a su hermano Moisés y éste no se defendió, se dice: «Y el hombre Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la faz de la tierra» (Números 12:3). Pero cuando en una ocasión anterior bajó de la montaña y vio que el pueblo se había fabricado un ídolo en forma de becerro de oro, se encendió su santa ira. Rompió las tablas de la ley al pie del monte Sinaí y actuó con gran celo por la gloria de Dios.

Incluso cuando Coré y su banda quisieron reclamar para sí el sacerdocio, Moisés se enfadó mucho y dijo al Señor: «¡No aceptes su sacrificio!». (Núm 16:15). El que era un corintero en su propia causa era un león en la causa de Dios.

¿Qué significa eso para nosotros hoy? ¿Puede ser que a veces nos comportemos exactamente de la manera opuesta? Cuántas veces nos defendemos y respondemos con fuego cuando se nos ataca personalmente; pero cuando se arrastra por el suelo el honor de Dios o se desprecian Sus derechos, puede que seamos más reservados y nos limitemos a aceptarlo.

Vemos un comportamiento similar cuando Pedro intenta disuadir al Señor de que asuma los sufrimientos de la cruz. Normalmente, Jesús soportaba con mucha mansedumbre el frecuente mal comportamiento de Pedro. Pero cuando intenta disuadirle de hacer la voluntad del Padre, el Hijo de Dios tiene que decirle: «¡Apártate de mí, Satanás! Eres un estorbo para mí, pues no pones tu mente en las cosas de

Dios, sino en las de los hombres» (Mt 16:23). Como están en juego el honor y la gloria de Dios, Cristo responde con santo celo, no con mansedumbre. Cuando lees los Evangelios, ves que el Señor solía responder al pueblo en general con gentileza y amabilidad. Pero era distinto con los escribas y fariseos. ¿Por qué? Porque conocían el Antiguo Testamento y oprimían al pueblo con sus enseñanzas adicionales. Por eso el Señor los miró con ira (ver Mr 3:5) y más tarde tuvo que decirles varias veces un serio «¡Ay de vosotros!» (ver Mt 23). Tanto si se trataba de celo por Dios como de mansedumbre en relación consigo mismo, con Él todo estaba siempre en el lugar adecuado y lo mostraba en el momento exacto.

Por cierto, el apóstol Pablo también fue un imitador de Jesucristo en este sentido. Cuando los corintios le atacaron personalmente a causa de su ministerio, les amonestó «con la mansedumbre y la suavidad de Cristo» (2 Cor 10:1). Esta actitud de corazón también queda clara en las siguientes palabras: «Porque de mucha tribulación y angustia de corazón os escribí con muchas lágrimas, no para que os entristecierais, sino para que conocierais el gran amor que os tengo» (2 Cor 2:4).

Pero cuando ve que habían surgido divisiones y facciones entre ellos y que se atentaba contra la unidad visible del cuerpo de Cristo, los amonestó con autoridad, «por el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor 1:10).

Así que, sin duda, hay situaciones en las que la mansedumbre está fuera de lugar. Siempre necesitamos sabiduría, dependencia del Señor y la actitud correcta del corazón para comportarnos adecuadamente en cada situación y mostrar la actitud apropiada de Jesús.

En este contexto, el ejemplo de George Whitefield vuelve a ser impresionante. Estaba firmemente convencido de que la Biblia enseña que la gracia soberana de Dios desempeña un gran papel en la salvación de los pecadores. A este respecto tuvo muchas disputas con John Wesley, que tenía mucho más en cuenta la responsabilidad del hombre. Pero aunque Whitefield defendía la verdad con celo, era manso cuando se le atacaba personalmente.

En una carta a Wesley escribió

«Tal vez se haya abusado de las doctrinas de la elección y de la seguridad eterna de los santos; sin embargo, también forman parte del pan de los niños, y éste no se les debe negar, siempre que se enseñen con todas las advertencias necesarias contra el abuso.

Amado y honrado Señor, no escribo esto para iniciar una disputa con usted. Espero sentir algo de la mansedumbre y afabilidad de Cristo. No puedo soportar la idea de tener que enfrentarme a usted. Pero ¿cómo puedo evitarlo? si estáis pasando por Bristol para echar fuera de allí a Calvino – como dijo una vez su hermano de usted, Carlos. Oh, yo nunca he leído nada de Calvino. Aprendí mis convicciones de Cristo y de los apóstoles. Dios me las enseñó...».

.....
«El hombre iracundo suscita contiendas, pero el hombre paciente las apacigua». (Prou 15:18)
.....

Benedikt Peters escribe sobre el carácter de Whitefield: «Algunos de los seguidores de Whitefield no podían entender que sirviera a la causa de Wesley con tanto vigor. No

habían olvidado que durante el segundo viaje de Whitefield a América le había traicionado. En algunos casos llegaron a dudar de la conversión de Wesley.

Cuando uno de ellos preguntó a Whitefield si creía que vería a Wesley en el cielo, respondió: «Me temo que no, pues estará tan cerca del trono eterno, y nosotros tan lejos de él, que apenas podremos vislumbrarle».

Dicha no del todo sin ironía, fue sin embargo una respuesta apta para acallar tales voces. Y, sin embargo, nunca debemos pensar que a Whitefield no le dolió que le traicionaran y le pusieran al margen. Por supuesto que lo sintió muy profundamente, y evidentemente le dolió, como debe dolerle a un alma bondadosa. Pero no devolvió el golpe, no pagó con la misma moneda. Una vez abrió su corazón a la condesa Huntingdon, cuando ésta le había advertido que tuviera cuidado con Wesley:

«Tendré en cuenta sus consejos sobre el señor Wesley. No creo que nuestras visitas sean muy frecuentes. Pero estoy sereno, pues no tengo intenciones de desplazar a nadie... Por lo tanto, tengo paz, una paz que debe ser extraña para cualquiera a quien le guste el poder o los números. Alabo a Dios por los numerosos rechazos que he experimentado.

.....
«Hay engaño en el corazón de los que traman el mal, pero hay alegría en los que traman la paz».

(Prou 12:20)
.....

Es bueno para mí que mis amigos más íntimos y queridos me hayan traicionado, despreciado, criticado, calumniado,

condenado y apartado. Con ello he aprendido a conocer la fidelidad de Aquel que es el Amigo de los amigos, y he aprendido a contentarme con saber que Él, ante quien todos los corazones están abiertos, y quien conoce todos los deseos, ahora lo ve todo, y en adelante hará que todos conozcan la sinceridad de mis intenciones...» (B.Peters/George Whitefield – El Avivador de Inglaterra y América / CLV)

.....
«Airaos, pero no pequéis». (Ef 4:26)
.....

¿Cuál es la diferencia entre la ira santa y la ira carnal? ¿Cuándo es necesaria la mansedumbre en tu vida y cuándo es el momento adecuado para mostrar una ira santa? ¿Qué incidentes se te ocurren en la vida de Jesús en los que no mostrara mansedumbre, sino santa ira?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Manso pese a falsas acusaciones

El camino de Jesús continúa hasta Getsemaní. Allí se prostra en tierra y en una gran lucha derrama Su corazón ante Su Padre. Poco después llega Judas para traicionar al Señor de la gloria con un beso y entregarlo en manos de Sus enemigos. Pedro, en su celo carnal, hiere con la espada la oreja del criado del sumo sacerdote. La actitud de su Maestro, en cambio, es muy distinta: En lugar de contraatacar, vence al mal con el bien y cura la herida producida.

Entonces Cristo se deja capturar y es conducido como un criminal. Los soldados le llevan a la casa del sumo sacerdote. Allí siguen actuando los poderes de las tinieblas. Mediante falsas acusaciones, se va a dictar una sentencia de condena- ción contra el Hijo de Dios. Se levantan falsos testigos. Sacan de contexto las declaraciones de Jesús para sellar Su senten- cia de muerte. El sumo sacerdote le pide que se pronuncie. Pero Jesús calla y no se defiende. En realidad actúa «como cordero llevado al matadero, y como oveja muda ante sus trasquiladores; y no abrió su boca» (Is 53:7).

De ahí pasa al concilio; luego a Pilato, el gobernador romano. De nuevo los sumos sacerdotes y los ancianos le acusan de falsedades. Pilato llama al Hijo de Dios para que responda a las acusaciones. Pero Él vuelve a mostrar la misma reacción: «No le respondió ni una sola palabra, de modo que el gobernador se maravilló mucho» (Mt 27:14).

.....
**«El que refrena sus palabras tiene conocimiento;
y el que es tranquilo de espíritu es hombre de
entendimiento».** (Prou 17:27)
.....

Pilato le envía entonces ante Herodes. Le hace muchas preguntas, en presencia de los escribas hipócritas. Pero no obtiene ni una sola respuesta (Lc 23:9). Muchos siglos antes, David escribió proféticamente sobre Cristo: «Y los que buscan mi vida me tienden lazos; y los que buscan mi mal hablan de hacer maldades, e idean engaños todo el día. Pero yo, como un sordo, no oigo, y soy como un mudo que no abre la boca. Y soy como un hombre que no oye, y en cuya boca no hay palabras para contradecir» (Sal 38:12-14). Por si la maldad de los hombres no fuera suficiente, Herodes y sus soldados aprovechan el manso comportamiento de Jesús para tratarle con desdén y burlarse de Él. ¡Qué abismalmente malvado es el corazón humano!

Cuando somos acusados injustamente y calumniados, a veces es una ayuda recordar que muchos otros creyentes también han sufrido el mismo destino, y a menudo mucho peor que el que nosotros mismos experimentamos. La historia de Watchman Nee también lo deja claro. Como seguía a Cristo con constancia, se convirtió en blanco del enemigo, que incitó al gobierno chino contra él:

«El 30 de enero de 1956 tuvo lugar en Shanghai su comparencia pública. Precisamente escogieron como escenario la gran sala de reuniones de la calle Nanyang, donde el «Rebaño Pequeño» se había reunido durante años y donde Watchman Nee había predicado a menudo.

Ante 2500 personas – casi todos miembros de la congregación – fue acusado de ser un «perro corredor» de los imperialistas y un capitalista sin ley. Decían que había planeado y organizado un movimiento contrarrevolucionario bajo el disfraz de la religión.

El punto culminante de la acusación fue la alegación de que Nee era un «vagabundo disoluto» que llevaba una «vida licenciosa», que frecuentaba los burdeles y había seducido a más de cien mujeres chinas y extranjeras. También se le acusó de espionaje. Algunos de sus antiguos seguidores y miembros del «Rebaño Pequeño» intentaron ganarse el favor del Partido acusando a Nee de tener intenciones traicioneras.

Una mujer describió a W. Nee como un «disoluto antirrevolucionario y adúltero desvergonzado».

«Las mujeres sólo podíamos odiarle». Las numerosas e injustificadas acusaciones se resumieron en un acta de acusación de 2.296 páginas.

Finalmente, se anunció que había sido excomulgado por su propia iglesia, y se le condenó a quince años más de prisión «para reformarle mediante el trabajo», teniendo en cuenta los cuatro años de prisión preventiva: un total de 19 años.» (W. Bühne / Siegfried Koll / CLV)

Cuando lees este tipo de informes, las propias experiencias de injusticias y calumnias aparecen a menudo bajo una luz completamente diferente.

¿Cómo reaccionas cuando se difunden mentiras o rumores falsos sobre ti? ¿Cómo puedes arreglártelas, sin justificarte ante la gente, para entregar el asunto a Dios y confiar en Él? Alguien ha dicho acertadamente: «Que nos critiquen; déjales. ¡Pero actúa de modo que nadie les crea!

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

El Cordero de Dios en el sufrimiento

El Cordero de Dios se caracterizó por su mansedumbre, especialmente en el sufrimiento. Nunca tuvo que reprimir un pensamiento vengativo ni refrenar Su ira. Por el contrario, dice: «Fue maltratado, pero se humilló y no abrió la boca, como un cordero llevado al matadero» (Is 53:7).

Cuando los hombres le pusieron las manos encima para atormentarle, Él no se defendió. Al contrario. Dice proféticamente: «Ofrecí Mi espalda a los heridores y Mis mejillas a los pendencieros; no escondí Mi rostro del oprobio y de esputos» (Is 50:6). Él soportó de buen grado todo lo que los hombres Le infligieron. Al hacerlo, practicó una vez más exactamente lo que Él mismo había enseñado a Sus discípulos cuando dijo: «Pero yo os digo: No resistáis al mal; al que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra» (Mt 5:39).

Jesús vivió lo que enseñó. Por tanto, Sus palabras tenían autoridad moral, a diferencia de los escribas y fariseos hipócritas que predicaban agua y bebían vino. Ahí reside una lección muy importante para nosotros: nuestras palabras, nuestro testimonio o nuestro sermón sólo tendrán poder si nuestra vida respalda el mensaje. Cuanto mayor sea la discrepancia entre la doctrina y la práctica, más débil será el testimonio y el efecto en el ministerio. Se dice del Señor: «... lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar» (Hch 1:1). ¡También en esto Él es nuestro ejemplo!

.....

**El hombre que soporta y sufre el mal
con mansedumbre y tranquilidad es la suma
de un hombre cristiano.**

(Charles Wesley)

.....

En la historia de la Iglesia siempre ha habido cristianos que siguieron realmente el ejemplo de su Maestro, lo cual Dios pudo utilizar para un poderoso testimonio.

«Al final de la Segunda Guerra Mundial, el Dr. J. Stuart Holden (predicador británico) conoció en Egipto a un Sargento que era un cristiano totalmente entregado. Cuando Holden le preguntó cómo había llegado a creer en el Señor Jesús, el Sargento le explicó que en su compañía había un soldado sencillo que era creyente y no se avergonzaba de dar testimonio a los demás. Disfrutaban molestándole y mofándose de él, pero a él no parecía importarle.

El Sargento dijo: «Una noche volvimos todos al cuartel, empapados por la lluvia y muy cansados. Antes de que este soldado se metiera en su litera, se arrodilló y oró. ¡Fue entonces cuando se la di! Mis botas estaban cargadas de barro y con una de ellas le di una bofetada en una mejilla. Luego cogí la otra bota y le golpeé con ella en la otra mejilla. Siguió orando».

«A la mañana siguiente», continuó el Sargento, «Encontré aquellas botas pulidas hasta dejarlas brillantes junto a mi litera. Ésa fue la respuesta del soldado a mi crueldad. Me partió el corazón. Ese mismo día fui rescatado».

La respuesta del soldado a la actitud hostil del Sargento fue una vívida ilustración de las palabras del Señor:

«Al que te hiera en la mejilla, ofrécele también la otra» (Lucas 6:29). El Señor no dejó que su mansedumbre quedara sin recompensa». (W. MacDonald / La vida por encima de lo común / CLV)

¿Cómo pueden tus palabras y tu testimonio tener más peso moral ante el mundo? Hoy en día rara vez nos atacan físicamente. ¿Qué puede significar hoy para nosotros poner la otra mejilla (ver Mt 5:39)? Los que son mansos prefieren ser heridos antes que causar dolor a otra persona.

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Una mansedumbre que no se puede superar

Después de pasar por Anás, Caifás, el Concilio, Pilato y Herodes, y de nuevo ir a Pilato, después de numerosas calumnias, azotes y otras crueldades, por último Jesús tuvo que caminar hasta el Gólgota. Prendieron a Jesucristo y le clavaron clavos a través de las manos y los pies. Clavaron al Santo de Dios en un despreciable madero de maldición. Crucificaron al Señor de la Gloria. Allí permaneció colgado, entre el cielo y la tierra, y en medio de dos malhechores. De nuevo se cumplió una profecía sobre Él: fue contado con los transgresores (véase Is 53:12).

El diablo aprovechó la oportunidad e incitó aún más el odio y la maldad del pueblo. Llenos de escarnio y desprecio, gritaron: «¡Si eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo!». (Lc 23:37). Incluso desafiaron al mismo Dios, diciendo: «Confiaba en Dios, líbrele ahora si le quiere, porque dijo: Yo soy el Hijo de Dios» (Mt 27:43). Como heridas de cuchillo, estas palabras penetraron en el corazón de Jesús. Consumido por el dolor, tuvo que decir: «El escarnio ha destrozado mi corazón, y estoy acongojado» (Sal 69:20).

¿Cómo reacciona el Salvador ante el odio inconcebible y la cruel malicia de los hombres? ¿No merecen Sus verdugos caer muertos al instante y ser arrojados al lago de fuego? De repente, en medio de esta terrible oscuridad moral, se oye la voz del Hijo de Dios: «¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!». (Lc 23:34). No hay venganza, ni amenaza, ni amargura. En lugar de eso, ora por Sus enemigos; por aquellos que le han causado un dolor tan terrible. Igual que la luz brilla más en la oscuridad, la mansedumbre de Jesús

resplandece más cuando la maldad del hombre alcanza su punto culminante. Allí, en el Calvario, vemos Su insuperable mansedumbre en perfección divina. Es verdaderamente el señalado entre diez mil y el más hermoso de los hijos de los hombres (ver Cantares 5:10; Sal 45:2).

El Maestro había dicho a Sus discípulos: «Amad a vuestros enemigos; haced el bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen; orad por los que os ofenden» (Lc 6:27,28). Esto es exactamente lo que Él mismo hace allí, en la cruz, con un dolor indescriptible. ¡Qué ejemplo!

.....
**Las manos juntas en oración son más fuertes
que los puños cerrados.** (Corrie ten Boom)
.....

Qué impresionante es la mansedumbre de Jesús ante Anás y Caifás, ante Pilato y Herodes, ante los gobernadores, el concilio, los sumos sacerdotes, los soldados y las multitudes; sí, ¡ante Dios y los hombres! Debemos tenerle a Él delante y seguir Su ejemplo, «que soportó tan grande oposición de los pecadores contra Sí mismo... que [intercedió] por los transgresores... que, siendo vituperado, no reprochó, sufriendo, no amenazó, sino que se entregó a Aquel que juzga con justicia» (Heb. 12:3; Is. 53:12; 1Pe. 2:23).

Por cierto, Esteban siguió exactamente este ejemplo. Mientras era apedreado por los judíos, se arrodilló y clamó a gran voz: «¡Señor, no les atribuyas este pecado!». (Hch 7:60). En la hora de su muerte, ¡la vida de Jesús resplandecía con mayor intensidad a través de él! Pensamos en las palabras de Pablo, que escribe: «Porque nosotros, que vivimos, siempre

estamos entregados a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal» (2 Cor 4:11).

¿Cómo podemos mostrar algo de este maravilloso espíritu y vida de Jesús en nuestra vida diaria? Veamos de nuevo la historia de la Iglesia. Corrie ten Boom es un ejemplo conmovedor en lo tocante al tema del perdón.

«Los ten Boom eran una familia holandesa temerosa de Dios. Durante la Segunda Guerra Mundial, su casa fue refugio para los judíos que intentaban esconderse de los nazis. Si descubrían a los judíos, eso significaba para ellos mismos ir también al campo de concentración, sufrir torturas indecibles y, normalmente, la muerte.

Tras ocultar con éxito a los judíos durante mucho tiempo, los ten Boom fueron capturados. El padre y las dos hijas, Corrie y Betsie, fueron deportados al campo de concentración de Ravensbruck, un lugar de crueldad indescriptible y tortura inhumana. Finalmente, el Sr. ten Boom murió y luego también Betsie. Corrie sobrevivió y fue liberada.

Cuando se hizo la paz, Corrie fue a Alemania y dio una charla una noche en el sótano de una iglesia. Entre otras cosas, habló del milagro de que cuando confesamos nuestros pecados, el Señor los arroja a las profundidades del mar y coloca allí un cartel que dice: «Prohibido pescar». Tras la charla, la gente salió en silencio, pero un hombre se dirigió hacia la parte delantera, donde estaba Corrie. Corrie le reconoció. Había sido guardia en Ravensbruck.

Cuando llegó hasta Corrie, le tendió la mano y le dijo: «Buen mensaje, señorita. Qué bueno es saber que, como

usted dice, todos nuestros pecados se hallan en el fondo del mar». El recuerdo de sus crueldades surgió en ella y le hirvió la sangre.» Usted mencionó Ravensbruck «, continuó él. «Yo era allí uno de los guardias. Pero ahora soy creyente. Sé que Dios me ha perdonado todas las cosas crueles que hice allí, pero me gustaría oírlo también de tus labios, señorita. ¿Me perdona?»

.....
«El odio suscita discordia, pero el amor cubre todas las transgresiones». (Prou 10:12)
.....

Si su reacción espontánea hubiera sido amarga e implacable, se habría comprendido. Sin duda, se habría comprendido. Podría haber recordado las atrocidades cometidas contra los judíos y el trato inhumano de su propia familia una y otra vez hasta que los jugos de su estómago se hubieran convertido en ácido sulfúrico.

Corrie se quedó paralizada. Parecieron pasar horas, aunque sólo pasaron unos segundos antes de que pudiera responder. Por fin pudo sacar la mano del bolsillo de su abrigo y ponerla en la del ex guarda.

«Si Dios me ha perdonado a mí, ¿cómo podría perdonarle menos a usted? Hermano, le perdono de todo corazón». Durante un largo rato estuvieron tomados de la mano, el antiguo guarda y la antigua prisionera, ahora eran uno en Cristo.

Cuando me imagino un comportamiento semejante al de Cristo, inevitablemente me viene a la mente la familia ten Boom. ¡Cuánto dolor! ¡Tanta humillación! Y sin embargo, a

pesar de todo, conservaron la actitud de Cristo: pensaron en los demás, no en sí mismos. No se amargaron ni se volvieron cínicos, ni se quejaron ante Dios. En todo dieron testimonio del amor y la gracia del Señor Jesús y perdonaron a quienes les metieron en el infierno de las atrocidades nazis.» (W. MacDonald / La vida por encima de lo común / CLV)

**¿Conoces a personas a las que te cuesta amar?
¿Qué relación hay entre la mansedumbre, el
perdón y la oración? La próxima vez que te
insulten, se rían de ti o te traten con hostilidad,
recuerda cómo respondió Jesucristo al odio de
la gente en la cruz.**

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Ganar almas con mansedumbre

A continuación veremos algunos ejemplos de los efectos que tuvo la mansedumbre de Jesús en algunas personas en particular. El Hijo de Dios, por ejemplo, ganó las almas de las personas para la eternidad mediante Su comportamiento manso. Muchos se sintieron atraídos hacia Él por la mansedumbre de Su Espíritu. Esto es especialmente evidente en el caso de la mujer samaritana junto al pozo de Jacob.

Vencer el mal con el bien

Esta mujer vivía en fornicación en el momento en que el Señor la conoció. No era nada nuevo para ella, pues ya había tenido muchos hombres en el pasado. El Hijo de Dios conocía toda su vida. Mientras hablaba con ella, de repente le pidió que llamara a su marido. ¿Qué respondió ella? «No tengo marido» (Juan 4:17). ¿Cómo habrías reaccionado ante estas palabras si conocieras toda su vida pecaminosa? Esas palabras son una media verdad, que ella expone sólo para encubrir toda la verdad.

Pero Jesús reacciona de forma muy distinta. No le reprocha nada, sino que interpreta sus palabras como una confesión. Lleno de mansedumbre, le dice: «Has dicho bien: no tengo marido» (Jn 4:18). Luego da un paso más y revela Él mismo su vida pecaminosa: «... porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; en esto has

dicho la verdad» (Jn 4:18). Santiago escribe que la sabiduría de lo alto es suave (ver Stg 3:17). Esto se ve maravillosamente en este pasaje.

La mujer comprende que no puede tener secretos con este hombre. Al mismo tiempo, se siente atraída por su humildad (le había pedido humildemente que le diera de beber) y su mansedumbre, y le abre su corazón. Capta con fe que Él es el Mesías, el Rey prometido de Israel. No puede guardarse para sí este conocimiento. ¿Qué hace? Se convierte en una evangelista que habla a la gente de Cristo por toda la región y a través de la cual muchos creen de verdad. Un maravilloso resultado de la gracia, la mansedumbre y la humildad de nuestro Señor.

¿Qué podemos aprender de esto? Si queremos ganar a la gente para Cristo, no debemos dejarnos provocar por ellos, sino mostrarles la mayor buena voluntad posible. Podemos llegar a sus corazones si devolvemos el mal con el bien en el poder del Espíritu Santo.

.....
**La mansedumbre es la mejor manera
de conquistar el corazón de un enemigo.**

(Thomas Watson)
.....

Robert Chapman nos da un ejemplo muy notable de cómo puede manifestarse esto en la vida práctica:

«Algunas personas se sintieron fuertemente atacadas por su clara predicación sobre el pecado y la necesidad de arrepentirse. Hay una historia conmovedora del amor de Chapman

y preocupación por uno de estos críticos. Cuando Chapman predicó al aire libre, un comerciante de Barnstaple estaba tan indignado que se acercó a Chapman con pasos enérgicos y le escupió en la cara.

Algún tiempo después, uno de los parientes ricos de Chapman vino a visitarle, deseoso de conocer y comprender su modo de vida. Llegó en un carruaje a la dirección indicada y al principio no quiso creer que Chapman viviera en una vivienda tan sencilla y entre vecinos tan pobres.

Chapman le acompañó al interior limpio pero sencillo de la casa y le explicó lo que significaba vivir en dependencia del Señor y cómo éste proveía a todas sus necesidades. Frank Holmes describe la situación de la siguiente manera

«Robert, ¿qué demonios haces aquí?», exclamó asombrado el visitante.

«Estoy sirviendo al Señor en el lugar al que me ha enviado».

Lleno de preguntas, el visitante entró en la casa. «¿Pero cómo puedes vivir? ¿Tienes al menos dinero en tu cuenta?».

«Sólo confío en el Señor y le digo lo que necesito. Nunca me ha defraudado. Gracias a eso, mi fe crece y su obra continúa».

Ahora se despertó la curiosidad del visitante. Abrió la puerta de la despensa, pero no había gran cosa. Pidió que le dejara hacer algunas compras, lo que Chapman le permitió con mucho gusto, pero sólo si iba a una tienda muy concreta. Esta tienda era la del tendero mencionado anteriormente.

Holmes describe cómo continuó allí el episodio: Cuando el pariente encontró la tienda, los ojos del dueño se hicieron cada vez más grandes mientras le pedía mil cosas. A medida

que el pedido crecía aún más, el tendero se volvía cada vez más agradecido y amable, y cuando por fin todo estuvo reunido y pagado, quiso complacer al cliente y le dijo:

«Si me facilita la dirección, le entregaré la mercancía en su casa».

«Por favor, entréguelo todo al señor Robert C. Chapman», pidió el cliente.

«Pero... ¡debe de haber algún error!».

«No, no», fue la respuesta, «el Sr. Chapman me pidió expresamente que yo fuera a usted e hiciera mis compras en su tienda».

El comerciante, que durante años había atacado con saña y había ridiculizado a Chapman, rompió a llorar. Poco después, fue a casa de Chapman, pidió perdón y entregó su vida al Señor». (R. L. Peterson / Robert C. Chapman – El hombre que vivió a Cristo / CLV)

En este contexto podemos pensar en los siguientes versículos

«Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen». (Mt 5:44)

«Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber». (Rom 12:20)

«No devolváis mal con mal, ni reproche con reproche, sino al contrario, bendecid». (1 Pe 3:9)

Este triple cordón de las Escrituras no se romperá fácilmente. Pagar el mal con el mal es brutal. Pagar el bien con el mal es diabólico, pero pagar el mal con el bien es cristiano.

¿Qué puedes aprender del ejemplo del Señor y del ejemplo de vida de Robert Chapman? ¿Cómo puedes ganarte el corazón de la gente mediante un comportamiento manso cuando hablas con ellas sobre el evangelio? ¿Cómo puedes poner en práctica en tu vida los tres versículos (Mt 5:44; Rom 12:20; 1 Pe 3:9)?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Cuando la mansedumbre quebranta los corazones duros

A veces ocurre que un cristiano manso es alabado incluso por su adversario. Cuando Filipo, rey de Macedonia, fue informado de que Nicanor, un general macedonio, había insultado abiertamente a su majestad, se cuenta de él que, en vez de matarlo (como le aconsejaron sus consejeros), le envió un valioso regalo. Esto conquistó el corazón de Nicanor, de modo que se retractó de su insulto y alabó grandemente la misericordia del rey. La rudeza o la venganza endurecen el corazón de los hombres; la mansedumbre lo ablanda.

Cuando Joram, el rey de Israel, hizo un banquete a los cautivos que había capturado en la guerra, fueron más vencidos por su mansedumbre que por su espada. Después se dice: «Las multitudes de Siria no volvieron a entrar en la tierra de Israel» (2 Re 6:22).

O pensemos en David y como trató a Saúl. Saúl había ofendido profundamente a David y quería quitarle la vida. Cuando en un momento dado David podía haber matado a Saúl, no lo hizo (ver 1 Sam 26:7, 12). Esto fue un milagro de mansedumbre. Saúl quedó impresionado por este comportamiento y exclamó:

«¿Es ésta tu voz, hijo mío David? Y Saúl alzó la voz y lloró. Y dijo a David: Tú eres más justo que yo. Porque tú me has hecho bien, pero yo te he hecho mal» (1 Sam 24:17,18). Por desgracia, aunque Saúl quedó visiblemente impresionado por el comportamiento de David, no se arrepintió de forma duradera.

La historia de la Iglesia también nos ofrece ejemplos alentadores en este contexto. Ernst Modersohn relata un incidente verídico en el que queda muy claro cómo Dios puede utilizar un comportamiento apacible para convertir a la gente:

«Había unos borrachos sentados juntos en la taberna. Hablaban de esto y de lo otro; al final llegaron a hablar de las mujeres. Oh, uno tenía aún más de qué hablar que el otro. Sólo uno permaneció en silencio. Los otros acabaron por darse cuenta.

«¿Y bien?», preguntaron, «¿no dices nada?».

«No», dijo él, «no puedo participar en eso. No tengo motivos para quejarme de mi mujer. Ella no me dice ni una mala palabra».

Entonces los demás se rieron y dijeron: «Eso no es posible».

«¡Claro que es así!», defendió ahora a su mujer. «¡Estoy seguro de que si le pidiera en mitad de la noche que se levantara y me preparara algo de comer, lo haría sin rechistar!»

Las burlas y las risas de los demás se hicieron más fuertes. «¡Tonterías! Nos estás engañando!»

«¿Qué apostamos?»

Así es, hubo una apuesta. La compañía quería ver de inmediato si había dicho la verdad. Toda la compañía de borrachos se puso en marcha.

.....
«Una lengua suave rompe huesos». (Prov 25:15)
.....

La mujer ya se había acostado, pues era tarde. Ya había pasado la medianoche cuando los hombres entraron en la

casa. Su marido mandó: «Vamos, mujer, levántate y prepáranos un buen café; he traído invitados».

Los invitados no pensaban otra cosa que escuchar ahora un torrente de insultos, como estaban acostumbrados; pero no, no surgió ni una mala palabra. Al poco rato, se oyó el ruido de las tazas, y no tardó en traer el café humeante con cara amable.

La escena aleccionó a los hombres, que empezaron a avergonzarse ante aquella mujer tranquila y amable. Por fin uno de ellos le habló de la apuesta que les había traído hasta allí, y luego le preguntó: «¿Cómo puede usted ser tan amable con gente como nosotros? ¿Cómo es posible?».

A lo que ella respondió: «Veo con dolor que mi marido hace lo que puede para arruinarse. Sólo tiene una vida. No hay vida eterna para los borrachos. Así que quiero que su vida terrenal, la única que tiene y que, encima, acorta tanto, sea lo más agradable posible.»

Los invitados conmovidos se fueron pronto a casa en silencio. Pero el hombre dijo a su mujer: «Dime, esposa, ¿de verdad te importa tanto mi salvación?».

Y cuando la miró a los ojos húmedos – pues ella nunca solía oírle hablar tan suavemente –, las lágrimas brotaron también de sus ojos, y se arrepintió de su culpa. Se arrodillaron juntos, y el Señor le ayudó a convertirse en otro». (H. Schäfer / Escucha una parábola / Editorial Cristiana)

Esta historia nos recuerda lo que escribe Pedro: «Igualmente vosotras, mujeres, someteos a vuestros maridos; para que, aunque algunos no obedezcan a la palabra, sean ganados por el ejemplo de mujeres sin palabras, habiendo visto

vuestro comportamiento puro en el temor; [...] en el ornamento incorruptible de un espíritu manso y tranquilo, que es muy precioso a los ojos de Dios». (1 Pe 3:1,2,4).

¿Conoces algún ejemplo en el que se haya ganado el corazón de una persona mediante un comportamiento manso? ¿Qué relación hay entre la mansedumbre y la abnegación? ¿De qué manera puedes hacer que alguien quede expuesto a la luz de Dios comportándote tú con mansedumbre?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Restaurar con mansedumbre a un creyente

¿Cuál es nuestro cometido cuando observamos que un hermano o una hermana se ha portado mal o ha pecado? Pablo escribió a los Gálatas, que desgraciadamente se habían distinguido por su dureza y su legalismo: «Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros también, como espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, mirándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado» (Gal 6:1).

Un cristiano manso tratará de ayudar a un creyente que ha fracasado para que vuelva al buen camino, en lugar de condenarlo. Hemos de procurar, no con dureza, sino con mansedumbre, conducir a quienes han caído, para que comprendan su mal proceder y se arrepientan. El Señor Jesús también nos ha dado lecciones prácticas al respecto.

Juan el Bautista en la cárcel

Juan el Bautista tenía la misión especial de anunciar la venida del Mesías. Llamando a la gente al arrepentimiento, debía prepararla para ello. A causa de este ministerio único, Cristo le llama el mayor de los profetas (Lc 7:28).

Pero un día ocurre algo que Juan no esperaba: es arrojado a la cárcel por Herodes. Allí, entre las cadenas de la soledad, empieza a dudar de repente de que Jesús sea realmente el Rey prometido de Israel.

Tienes que imaginártelo: El precursor del Mesías, que tenía la labor de señalar a la gente al Rey y preparar Su camino – que incluso le había bautizado en el Jordán y había oído allí el testimonio del Padre sobre Él –, ¡ahora de repente duda de que Jesús sea realmente el Cristo! Por eso envía a sus discípulos al Hijo de Dios y le hace preguntar: «¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro?». (Mt 11:2.3).

Muchos habrían reaccionado con palabras duras en esta situación y habrían reprendido a Juan por sus dudas. Pero el Señor reacciona de otra manera. No se enfada porque Juan dude de Él. Por el contrario, le responde con mansedumbre y sensibilidad, diciendo a los discípulos enviados: «Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia la Buena Nueva a los pobres; ¡y dichoso el que no se escandaliza de Mí! (Mt 11:4-6).

¿Qué significa este mensaje? Con estas palabras Jesús le muestra a Juan los milagros que hizo como el Mesías prometido y que ya habían sido anunciados en el Antiguo Testamento en relación con Su ministerio. Así le confirma que Él es realmente el Mesías y Rey de Israel. Pero aún no había llegado el momento de Su reinado público. La masa del pueblo seguía rechazándole. Además, según el consejo de Dios, tenía que morir para que la gente pudiera salvarse para la eternidad. En resumen: El Cristo tenía que sufrir – ¡y todos los que creen en Él y quieren seguirle fielmente deben prepararse para este destino!

Juan había esperado que el Mesías liberara a los judíos de sus enemigos y reinara sobre la tierra con poder y gloria.

Pero ahora tiene que descubrir que ese momento aún no ha llegado. Por eso el Señor le dice: «¡Bienaventurado el que no se escandalice de mí! (Mt 11:6). En otras palabras, bienaventurado el que me acepta tal como soy ahora y no se ofende conmigo, aunque en este momento no me comporte como a ti te gustaría o como esperabas.

.....
La vara y el látigo pueden ser justos; pero con ellos no se puede ganar el corazón del hombre.

(J.N. Darby)
.....

Aunque Juan ha fracasado, Cristo le trata con asombrosa mansedumbre. Pero también hace un llamamiento a su corazón: Juan debe aprender a ser manso él mismo en esta situación. ¿Cómo queda esto claro? Porque el Señor le insta a que no deje que surja en su corazón ningún descontento o amargura a pesar de las circunstancias. Podemos estar seguros de que este mensaje no erró el blanco. Las amables y convincentes palabras de Jesús corrigieron a Juan antes de que más tarde fuera ejecutado en la prisión.

W.J. Hocking lo resume muy bien cuando escribe: «El poder que podía verse en Cristo no sólo era ilimitado en su plenitud, sino que también se combinaba con la infinita ternura de un amor celestial. Era capaz de quebrantar al más fuerte y orgulloso, pero también era capaz de levantar al más pequeño y débil, de modo que ni siquiera la caña cascada se rompía ni la mecha humeante se extinguía.»

«El pastor de una pequeña iglesia de Nueva Inglaterra visitó a un granjero que, amargado por varias desgracias y resentido por su suerte, ya no era capaz asistir a la iglesia. El granjero recibió al visitante en silencio y ambos se sentaron frente a la chimenea, donde ardían vivamente los troncos de haya.

Al cabo de un rato, el pastor sin decir palabra sacó un tronco encendido del fuego con las tenazas y lo colocó sobre la losa de piedra que había delante de la chimenea; humeó y brilló durante un rato más y luego empezó a apagarse.

Los hombres permanecieron sentados en silencio durante algún tiempo, luego el granjero se incorporó, tendió la mano al pastor y dijo: «He comprendido el sermón. El que no está en el fuego no se hace llama, sino que se enfría. Volveré de nuevo». (H. Schäfer / Escucha una parábola / Editorial Cristiana)

.....
«Mirad que nadie se aparte de la gracia de Dios, para que no brote ninguna raíz de amargura...» (Heb 12:15)
.....

¿Qué significa corregir con espíritu de mansedumbre a alguien que ha obrado mal? ¿Cuál debe ser nuestra actitud interior y nuestra motivación cuando hablamos con un creyente acerca de su mala conducta? Cuando incluso el más grande de los profetas tuvo un momento en el que no estuvo espiritualmente a la altura y dudó, ¿esto debería animarnos a no agachar la cabeza cuando a nosotros nos ocurra lo mismo!

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Simón Pedro: la profunda caída del pescador de hombres

¡Con qué mansedumbre y bondad trataba el Señor a Sus discípulos! Tomemos como ejemplo a Simón Pedro, que a veces tenía un carácter bastante impulsivo y en ocasiones se pasaba de la raya. Cuando se le acercaron los recaudadores del impuesto del templo, le preguntaron: «¿Vuestro Maestro no paga las dos dracmas?» (Mt 17:24). Sin pensarlo mucho y sin consultar a su maestro, Pedro soltó la respuesta: «Sí, lo paga» (Mt 17:25). Eso salió disparado un poco precipitadamente. Porque, en esencia, estaba poniendo a su Maestro al nivel de un contribuyente judío con esta afirmación.

.....
«Es una buena regla <pensar dos veces antes de hablar una vez>; porque el que se apresura con los pies peca. Un gran hombre de estado en la corte de la reina Isabel dijo: <Tómame tu tiempo, y acabaremos antes>». (Matthew Henry)
.....

¿Cómo reacciona el Señor Jesús en esta situación? Aunque Pedro ha actuado precipitada e imprudentemente, Cristo no lo expone públicamente. Espera a que hayan entrado en la casa para hablar con Él del asunto. Dentro, explica con calma y mansedumbre a Su discípulo lo que ha hecho mal: «¿Qué piensas, Simón? ¿De quién cobran los reyes de la tierra derechos o impuestos, de sus hijos o de los extranjeros? Pedro le contestó: De los extranjeros. Jesús le dijo: «En consecuencia, los hijos son libres» (Mt 17:25.26).

Es totalmente inapropiado imponer el impuesto del templo al Hijo de Dios, es decir, al hijo del Señor del templo. Pero el Señor no dice aquí que, lógicamente, el Hijo es libre de pagar el impuesto. No dice «hijo», sino «hijos» Dice: «Por consiguiente, los hijos son libres de pagar». Esto significa que Él se pone aquí a la altura de Pedro con una humildad conmovedora. Porque habla de sí mismo y de su discípulo como hijos del Rey, y ellos, por supuesto, están exentos de pagar el impuesto del templo.

.....
**«El entendimiento del hombre le hace ser paciente,
y su gloria es pasar por alto la transgresión».**

(Prou 19:11)
.....

¿Qué podemos aprender de esto? Que no debemos increparnos unos a otros, sino lavarnos mutuamente los pies cuando observamos que alguien se ha comportado mal. En vez de blandir el garrote de la autoridad y denunciar públicamente a los demás, deberíamos tratar de corregirnos unos a otros en privado y con amabilidad.

Veamos otro ejemplo: «No temas; a partir de ahora serás pescador de hombres» (Lucas 5:10). Con estas palabras, el Hijo de Dios animó a Pedro cuando reconoció su propia pecaminosidad en presencia de Jesús. La experiencia que tuvo entonces el hijo de Jonás en el lago fue importantísima para su vida personal de fe, ¡y nosotros también tenemos que aprender esta lección hoy si queremos seguir al Señor y servirle!

Pero una vez que has aprendido algo, no significa que no puedas volver a olvidarlo en algún momento. Por desgracia, esto es exactamente lo que le ocurrió a Simón Pedro. Apenas tres años más tarde, Jesús dice a Sus discípulos que todos le abandonarán. Pero Pedro no cree las palabras del Maestro. Con férrea confianza, insiste en que sólo él sería fiel hasta el final. Como es bien sabido, el orgullo precede a la caída, y así ocurrió en este caso.

Santiago exhorta a los creyentes a recibir con mansedumbre la palabra de Dios implantada (Stg 1:21). Por tanto, la mansedumbre incluye también la sumisión voluntaria del alma a lo que Dios nos comunica a través de Su Palabra. Esto se refiere en primer lugar a la Palabra de Dios escrita, pero también puede aplicarse a las palabras del Hijo de Dios. En un cristiano manso, la mente se inclina ante toda verdad divina y la voluntad ante todo mandato divino, sin refunfunñar ni protestar. Eso es exactamente lo que le faltaba a Pedro, ¡y por eso cayó tan bajo!

El Señor hace un intento más de hacer comprender a Pedro. Le anuncia que le negará tres veces. Pero ni siquiera estas palabras hacen entrar en razón a Pedro. El que no quiere oír, tiene que sentir. Y así ocurre exactamente como Jesús predijo: Cuando el gallo canta por segunda vez, Pedro ya ha negado tres veces a su Maestro e incluso ha jurado que no le conoce. ¡Cómo debió de estremecerse Pedro interiormente al oír el canto del gallo! De repente se le cayeron las escamas de los ojos. ¡Qué había hecho!

En ese mismo momento dice: «Y el Señor se volvió y miró a Pedro» (Lucas 22:61). Dos miradas se encuentran. ¿Cuál era la mirada con la que el Señor miró a Su discípulo en

aquel momento? ¿Eran Sus ojos de reproche o severos? ¿Le estaba diciendo a Pedro que estaba enfadado con él y que a partir de ahora ya no podría utilizarle? ¿Desde luego que no! Podemos suponer firmemente que la mirada de Jesús estaba llena de mansedumbre y amor. Era una mirada que hacía comprender a Pedro que Su Maestro seguía amándole con el mismo amor con que le amaba unos minutos antes de que Simón le negara.

Cuando el pescador de hombres mira a los ojos del Salvador, su corazón se quebranta. Consciente de su profundo fracaso, comienza a llorar y abandona la escena. Éste fue el comienzo de su restauración. La mansedumbre de Jesús le había llevado al arrepentimiento.

.....
**El que puede perdonar sin reprender al otro ni
siquiera con una mirada, ese es un imitador de Cristo.**

(Robert C. Chapman)
.....

«La sabiduría y el tacto son necesarios para corregir a un hombre que se ha apartado. Tanto las palabras como el comportamiento del «ministro» deben ser como los de Cristo. Todo ministerio debe realizarse con un espíritu de mansedumbre. Cuidado con el orgullo de los fariseos y la auto-complacencia de los saduceos. La voz de quien quiere ayudar debe ser la de quien pide y no la de quien manda. En su corazón debe haber más compasión por el transgresor que condena. Es el ministerio de la gracia en el espíritu de la mansedumbre lo que conduce al alma descarriada de vuelta a los caminos de la rectitud y la verdad. Sólo en el caso extremo

de un perverso endurecido, el apóstol había usado la vara del castigo, en lugar de proceder «con amor y espíritu de mansedumbre» (1 Cor 4:21)». (W. J. Hocking)

Una vez, el pastor Wilhelm Busch tomó una decisión precipitada en una situación de presión, la cual le causó mucha angustia. Él mismo relata lo que ocurrió cuando el antiguo pastor de jóvenes, Weigle, empezó a tener cada vez más problemas de salud y le llamó:

«En su angustia, Weigle me volvió a llamar y me instó: «Ahora debes tomar mi relevo, a pesar de todos tus recelos».

En vano le expliqué yo no podía tomar su relevo, ya que había iniciado un trabajo entre los mineros que no podía abandonar; a parte de que me faltaba el don para organizar ese trabajo; y tantas cosas más que le mencioné... Fue inútil. Aquel anciano, enfermo y tembloroso me venció. Así que dije «sí».

Pasó un año. ¡Un año terrible! Mis mineros estaban tristes porque les había dejado. Y el trabajo en el centro juvenil (que más tarde llamamos Centro de Weigle) no prosperaba. El personal se puso en mi contra – en realidad, sin poder dar una razón –.

Simplemente echaban de menos a su viejo amigo. Entonces hubo que renovar la casa. Pero faltaba dinero. Weigle tenía muchos amigos que le daban dinero suficiente. Pero a mí no me conocían. Dondequiera que iba, surgían problemas. Y una noche, en un momento tranquilo de pronto me di cuenta de cuál era el problema: Había dejado que Weigle me tomara por sorpresa sin preguntar a mi Señor y Salvador.

Si quería ser completamente sincero, tenía que reconocer que me había metido en este trabajo desobedeciendo la voluntad de Dios. Estoy aquí, sin que Dios me haya guiado claramente. Y por eso está Él contra mí.

Fue un tiempo horrible. En cada reunión con los chicos me asaltaban las dudas punzantes: ¿Qué quieres? Tu Señor no puede bendecirte porque no te quiere en este lugar. Entonces intentaba convencerme de nuevo: «Todo está bien. Todos lo querían así: Weigle, el presbiterio y la dirección de la iglesia. Y además, ¡tú eres el pastor más joven! ¡Eres muy adecuado para la tarea entre jóvenes!

Pero eso no pudo darme la paz. ¿Qué significaba todo eso si Dios había dicho que «¡No!»? ¡Cuánta gente ha fracasado porque corría según su propia voluntad y no pedía la dirección de Dios! Finalmente, no pude soportarlo más. Hubo una conferencia de Tersteegersruh, en la que me atreví a dirigirme al hermano Christlieb: Tenía un problema personal y me preguntaba si estaría dispuesto a escuchar mi problema.

Aún puedo ver delante de mí las mesas de hierro pintadas de rojo, bajo los castaños del jardín de la Kaupenhöhe, donde le dije al hermano que no estaba nada seguro si yo estaba en el buen camino al haber cedido a la petición urgente de Weigle aceptando este puesto de pastor entre jóvenes. No le había preguntado a Dios en la oración. Pero ahora tampoco podía volver atrás. Mi antiguo puesto le ocupaba ahora otra persona y me había trasladado a la casa del pastor de jóvenes. ¡No! No podía volver. Pero no podía seguir sin la certeza de estar bajo la bendición de mi Señor. ¿Qué debía hacer? Christlieb escuchó en silencio. Luego dijo que era un caso

difícil, que yo debía darle un día de tiempo para pensarlo. Y que si estaba de acuerdo, quería hablarlo con el hermano Buddeberg (entonces director de la Misión de Liebenzell). Me pareció bien. Y ya algo aliviado, me marché.

Al día siguiente me senté frente a los dos hombres. Con miedo y también con gran confianza esperé a oír lo que dirían sobre mi desordenada situación. Y entonces Christlieb dijo algo que era tan indeciblemente sencillo, claro y obvio que sólo podía proceder de Dios.

Christlieb me preguntó: «¿Has confesado ya a tu Salvador el paso precipitado que has dado? ¿Lo has confesado como un pecado que has cometido?».

«¡No!», tartamudeé. «¡Siempre he querido justificarme ante mí mismo!».

«Entonces ve a un lugar donde estés solo, confiéaselo como un pecado, y luego cree que Jesús también quita ese pecado con Su sangre».

Había mucho silencio entre nosotros. Sólo se oía desde lejos la animada charla de los invitados a la conferencia, que se recreaban bajo la sombra de los castaños.

Entonces Christlieb comenzó de nuevo: «Y pide a tu Salvador que bendiga el camino equivocado. Si ahora no puedes volver atrás, él puede convertir el camino equivocado en una bendición».

He hecho lo que me aconsejó Christlieb. Y mi Señor, según su misericordia, me quitó la carga de encima y bendijo mi camino de tal manera que – si me quedaran cinco vidas – sólo querría ser pastor de jóvenes en Essen.

Pero nuestra conversación no terminó ahí. Christlieb añadió otra frase: «Recuerda para siempre: si te enfrentas

a una decisión y no tienes claridad sobre tu camino, mantente quieto en el lugar donde estás hasta que lo tengas claro y estés seguro. Y si te urge, piensa: Sólo el diablo tiene prisa. Espera hasta que Dios te diga que vayas. Él dijo: ‚Te guiaré con mis ojos‹.

Tuve que sonreír un poco: «¡Así te has quedado tu en tu puesto en Heidberg toda la vida!».

Asintió con seriedad: «¡Sí, así es como he permanecido en Heidberg!».

Y yo sólo puedo añadir ahora: «Así he permanecido como pastor en Essen durante casi 40 años». (W. Busch/Charlas en mi cuarto de estudio/CLV)

¿Qué puedes aprender de la experiencia y la útil conversación de Wilhelm Busch? Una mirada dice más que mil palabras. ¿Con qué ojos miras a los hermanos y hermanas en la fe que te han decepcionado o te han fallado de otra manera? ¿Qué puede ayudarte en esas situaciones a no ceder a tu ira, sino a transmitir a la otra persona que te preocupas por ella y quieres lo mejor para ella?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Amonestar a los adversarios con mansedumbre

Pablo escribe a Timoteo: «El siervo del Señor no debe ser contencioso, sino manso con todos, capaz de enseñar, paciente, corrigiendo a los adversarios con mansedumbre» (2 Tim 2:24-25). ¿Cómo se puede poner en práctica este mandato? El incomparable Siervo de Dios lo ha vivido como un ejemplo para nosotros. En el Evangelio de Mateo, el Espíritu Santo cita una afirmación sobre Él del profeta Isaías, que dice: «No contendrá ni gritará, ni nadie oirá su voz en las calles» (Mt 12:19).

En casa de Simón el fariseo

Cuando el Hijo de Dios fue invitado a la casa de Simón el fariseo, mostró exactamente este comportamiento. En realidad, en aquella época era costumbre dar a un invitado agua para lavarse los pies, besarle en la mejilla y ungirle la cabeza con aceite en señal de bienvenida. Pero Simón no hizo nada de esto cuando Jesús le visitó en su casa. Sin embargo, el Señor está dispuesto a exponerse a este trato desdeñoso.

De repente, una pecadora entra en la habitación. Profundamente conmovida, lava los pies de Jesús con sus lágrimas, los seca con sus cabellos y luego le unge la cabeza con aceite. El fariseo no comprende esta devoción y piensa despectivamente:

«Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer

es la que le toca, pues es pecadora» (Lc 7:39). El Hijo de Dios sabe perfectamente lo que piensa Simón. ¿Cómo reacciona Él ante la actitud orgullosa del fariseo?

Empieza de un modo muy afable con la observación confidencial: «Simón, tengo algo que decirte».

.....
«Una respuesta suave aleja la ira, pero una palabra ofensiva despierta el furor». (Prov 15:1)
.....

¿Habrías reaccionado así si alguien te hubiera tratado tan irrespetuosamente? Luego le cuenta una parábola a Simón y la aplica a la situación presente. La entrega de la pecadora es la prueba de que sabe cuán grande es su culpa. Está infinitamente agradecida por el perdón que ha encontrado en el Hijo de Dios. El fariseo, en cambio, no tiene conciencia de su propia culpa. No reconoce el perdón que en Cristo está a disposición de los pecadores arrepentidos.

A través de la parábola, el Señor reprende a este hombre. Pero lo hace de forma suave, sin reprenderle bruscamente ni ponerlo en evidencia de ninguna manera. ¿Por qué actúa así? Porque quiere llegar al corazón y porque quiere mostrarle claramente su orgullo al apoyarse en su propia justicia y quiere convencerle de su pecaminosidad.

¿Qué podemos aprender de esto? Que no debemos enfadarnos ni ofendernos cuando personas incrédulas nos traten mal o sin respeto. Especialmente en tales situaciones, podemos intentar explicarles la verdad con mansedumbre y así abrir sus ojos para verse como Dios les ve.

Un buen ejemplo de este tipo de comportamiento en la historia de la Iglesia es John Wesley. Cuando fue atacado por la gente mientras predicaba, ocurrió lo siguiente:

«Juan Wesley esquivó hábilmente un huevo podrido que pasó volando junto a su oreja y continuó con su sermón. «¡El don de la salvación de Dios es para todos por igual, ricos y pobres!». Aunque John Wesley sólo medía 1,60 m, su voz retumbaba muy por encima de la multitud que se había reunido en el mercado.

«¿Ah, sí?», se mofó de él un hombre fornido vestido con ropa de trabajo. «Y de dónde sacamos la ropa elegante para la reunión del domingo? La iglesia es sólo para los peces gordos».

Un coro de voces airadas gritó en señal de aprobación. Varios huevos más y un tomate mohoso volaron en la dirección de Wesley. El pequeño predicador no pareció inmutarse, pero sin duda percibió la ironía de la escena.

Al principio, la Iglesia de Inglaterra no le dejó predicar porque hablaba de la salvación sólo por la fe y no por las tradiciones eclesiásticas y las buenas obras. Así que Wesley decidió predicar al aire libre a personas que no solían ir a la iglesia: en un campo, en la puerta de la ciudad o en la plaza del mercado. Pero cuando hablaba a la gente corriente, a veces se formaba un alboroto. Lo que habían visto de la religión estatal no tenía mucho que ver con sus vidas de hambre, miseria y trabajo agotador.

«¡Pero ésta es la Buena Nueva!», continuó Wesley.

«Jesucristo murió por todas las personas. Dios os ama!»

«¡Nos ama!», chilló una mujer. «¡Desde luego que nos ama! Quizá por eso mi viejo me dejó plantada con seis mocosos».

.....
**«El hombre iracundo suscita contiendas, pero
el hombre paciente las apacigua».** (Prou 15:18)
.....

Wesley intentó decir a la gente que Dios conocía sus problemas y que les daría fuerza en tiempos difíciles. Pero ahora la turba enfurecida sólo empujaba y empujaba hacia delante. Las piedras volaban y los palos se agitaban sobre sus cabezas.

Cuando vio que hablar no serviría de nada, el pequeño predicador saltó de la caja sobre la que había estado de pie. Se dirigió directamente hacia el hombre que, evidentemente, era el líder. Le cogió de la mano y le dijo al oído «Ven conmigo a mi casa, buen hombre. Allí podremos seguir hablando».

Sorprendido por la amabilidad de Wesley, el hombre se convirtió inmediatamente en su protector. Para protegerle se puso delante del predicador mientras iban a su alojamiento. Cuando el hombre volvió a salir a la calle, dijo bruscamente a la gente que quien volviera a molestar al predicador tendría que vérselas con él.

¿Había amenazado Wesley al hombre? No: le había preguntado por su familia y por sus problemas, explicándole una vez más que el don de la salvación y el perdón de Dios también era personalmente para él.» (D.&N. Jackson / Héroes de la Fe / CLV)

.....
**«Que vuestra mansedumbre sea conocida por todos;
el Señor está cerca».** (Flp 4:5)
.....

¿Cuál es la mejor manera de ganarte el corazón de alguien que te es hostil? ¡Es muy interesante considerar en silencio las preguntas que el Señor hizo a los fariseos cuando le atacaron!

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Mansedumbre para con Judas Iscariote

El Señor sabía desde el principio que uno de Sus doce discípulos le entregaría un día a Sus enemigos. En los Salmos dice proféticamente: «Aun el hombre de mi paz en quien yo confiaba, el que comía mi pan, ha levantado contra mí su calcañar» (Sal 41:9). Jesús incluso cita este versículo en presencia de Sus discípulos justo antes de que se cumpliera la profecía (véase Juan 13:18). Al pensar en esto, se conmovió en el espíritu y dijo: «En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará» (Jn 13:21).

¡Con qué increíble longanimidad y mansedumbre soportó Jesucristo a Judas Iscariote durante más de tres años, aun-que sabía muy bien que era un ladrón y que tenía intenciones diabólicas! Un día llegó el momento: Judas vino con una banda de soldados para entregar a su Maestro. Había dicho a los soldados: «Al que yo bese, ése es; prendedle» (Mt 26:48). Entonces se acercó a Jesús y le dijo: «¡Salve, Rabí!». Luego le besó. ¡Qué abismalmente perverso es el corazón humano!

¿Cómo reaccionó el Señor ante este terrible comportamiento? ¿Cómo se enfrentó a Judas en esta situación? Con una afabilidad inconcebible le dice: «Amigo, ¿a qué has venido!»

Sin ira. Nada de reprimendas tajantes. En su lugar, ¡una última llamada mansa y amorosa dirigida a la conciencia del traidor!

¿Cómo podemos llegar más y más al punto de contestar con mansedumbre a nuestros adversarios que nos dificultan tanto la vida? ¡Una gran herramienta para ello es la oración!

Juan Newton dio una vez a un amigo un sabio consejo a este respecto, que nosotros también deberíamos tomarnos a pecho:

«En cuanto a tu adversario, deseo que antes de que tomes la pluma contra él y prepares tu respuesta, lo encomiendes fervientemente en oración a la dirección y bendición del Señor. Esta acción tendrá inmediatamente un efecto moderador en tu corazón, hasta el punto de que le amarás y tendrás compasión de él; y tal disposición tiene una buena influencia en cada página que escribas....

Si tu adversario es creyente pronto le volverás a ver en el cielo; entonces tendrás una comunión más estrecha con él que con el mejor amigo que tienes ahora en la tierra. Piensa ya en ese momento...

Si tu adversario aún no se ha convertido, tu simpatía y no tu cólera debe ser aún mayor para él. Ay, «no sabe lo que hace».

Pero tú sabes quién te ha redimido y ha hecho que te distingas de él (1 Cor 4:7)». (J. Piper / Perseverando en la paciencia / CLV)

Un siervo del Señor no debe reñir. H. A. Ironside también se tomó a pecho este desafío. Tras sus conferencias, a menudo se enfrentaba a personas que discrepaban vehementemente con él sobre tal o cual detalle doctrinal. Solía desactivar sus ataques con las sencillas palabras: «Bueno, hermano, cuando llegemos al cielo, se descubrirá que uno de nosotros está equivocado, y quizá sea yo». Es extremadamente difícil discutir con alguien que es lo bastante humilde como para admitir que puede estar equivocado.

Por último, un ejemplo de la vida del pastor Wilhelm Busch que nos muestra cómo la mansedumbre puede cambiar las cosas:

«El pastor Busch iba a iniciar un estudio bíblico regular en un barrio de Barmen donde vivían muchos enemigos de Cristo. Cuando se enteraron de su plan, pensaron: «Envíemos a estos santurriones con su pastor a casa ¡pero ya!».

Cuando el estudio bíblico iba a tener lugar por primera vez, una gran multitud montó un espectáculo fuera, en la calle, con trompetas y toda clase de instrumentos para estorbar. Justo encima del lugar de reunión, un martillo golpeaba continuamente el suelo.

Después, Busch subió al piso de arriba. «Buenas noches», dijo, «sólo quería hacerle saber que ya hemos terminado».

Entonces los ojos del hombre se abrieron aún más. «Oiga», preguntó Busch, «¿cuánto cuesta actualmente una hora extra de un peón?».

«Medio marco», respondió con vergüenza.

«Bien, entonces le pagaré eso, para que no haya trabajado en vano».

Con estas palabras, Busch sacó su cartera y le puso 50 «peniques» sobre la mesa. «Buenas noches», dijo, le apretó la mano y se marchó.

Cuando fue el segundo estudio bíblico, ya no hubo más golpes. A los pocos radicales que se habían reunido en la calle, Busch les dijo al principio de forma inofensiva: «Chicos, id a casa y armad jaleo en casa, es mucho más bonito».

Entonces sí que se fueron marchando poco a poco, y desde entonces no volvieron a asomar la cara». (M. Haug / Él es nuestra vida / Steinkopf Verlag)

¿Intentas ver a los que te ofenden con los ojos de Dios? ¿Con qué frecuencia oras por ellos? ¿Cómo puedes evitar las discusiones cuando la gente te ataca por tus creencias doctrinales?

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

La promesa de Dios para los mansos

Dios nos anima a ser mansos. ¿Cómo lo hace? Dándonos en Su Palabra promesas dirigidas específicamente a las personas mansas. Veamos ahora más detenidamente dos de ellas que tienen una importancia capital para nuestra vida espiritual:

Dios guía a los mansos

David escribe en el Salmo 25:9 pensando en Dios «Él guía a los mansos en el juicio y enseña a los mansos su camino». Se trata de una afirmación muy interesante. ¿Por qué se promete a los mansos en particular que Dios les enseñará Su camino? La respuesta es obvia: cuando somos mansos para con Dios, no nos sentimos ofendidos por Su voluntad. En cambio, decimos «Sí, Padre» con sumisión, sin ira ni amargura en el corazón. Si realizamos esta actitud de corazón, entonces Dios puede «fácilmente» darnos instrucciones con un parpadeo y guiarnos por Su buen camino. En el Salmo 32:8 dice: «Yo te instruiré y te enseñaré el camino por donde debes andar; fijando en ti mi mirada, te aconsejaré.»

Si, por el contrario, queremos imponer nuestra voluntad y sólo aceptamos la voluntad de Dios en las situaciones en que se ajuste a nuestras ideas, entonces la dirección de Dios tiene otro aspecto. Porque entonces Él debe sujetarnos con freno y

riendas para llevarnos por el buen camino (ver Sal 32:9). Qué pena si tenemos que llegar a eso.

Por tanto, un espíritu manso es muy importante si queremos experimentar que Dios nos muestre Su voluntad y nos guíe por Su camino. El Señor Jesús siempre tuvo esta actitud de corazón manso y Dios le indicaba a diario adónde ir y qué hacer. Su actitud básica era: «He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn 6:38).

Cada mañana en oración dejaba que Dios despertara Su oído y lo abriera para recibir la dirección para el día. Aunque la voluntad de Dios significara sufrimiento para Él, estaba dispuesto a cumplirla sin oponer resistencia. Por eso dice proféticamente el profeta Isaías: «No he sido obstinado, no me he vuelto atrás» (Is 50:5).

Para nosotros tiene validez en el sentido de que debemos recibir la palabra de Dios con mansedumbre, para que Dios pueda guiarnos a través de ella (véase Stg 1:21). Y no sólo en lo que corresponde a nuestras ideas, sino en todo lo que Él nos comunica.

La mansedumbre también soporta la palabra de exhortación y la acepta con paciencia y gratitud; no sólo de la mano de Dios que la envía, sino también de la mano del amigo que la trae. Así le ocurrió a David, por ejemplo, que aceptó el consejo de Abigail cuando estaba a punto de destruir a Nabal y a su casa con una ira feroz. Era más honroso para David dejarse vencer por las persuasiones de Abigail que hacerse vencedor de Nabal y de toda su casa.

.....
**La mansedumbre prepara la tierra del corazón
para la semilla de la Palabra.** (Desconocido)
.....

Volvamos al tema de la dirección de los mansos. Fijémosnos de nuevo en el ejemplo de Jesucristo: Normalmente, los judíos hacían un rodeo para no pasar por Samaria, porque no querían tener nada que ver con los samaritanos. Pero el camino de Dios condujo al Hijo de Dios exactamente a través de esta región (véase Juan 4:4). Él siguió este camino, mansa y obedientemente. Más tarde, cuando el Padre le envió al territorio de sus adversarios judíos, dijo a sus discípulos: «¡Volvamos a Judea!». (Juan 11:7). La reacción de los Doce: «Rabí, hace un momento los judíos querían apedrearte, ¿y otra vez vas allí?». (Jn 11:8). La respuesta del Señor es característica de Su corazón y Su mente: «¿No tiene el día doce horas? Si alguno anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo» (Jn 11:9). Sabiendo que se movía ininterrumpidamente en la voluntad de Su Padre, permaneció completamente tranquilo a pesar de los posibles peligros y dejó a Dios las consecuencias de Su obediencia.

Moisés, el manso siervo de Dios, oró: «Hazme conocer tu camino» (Éx 33:13) y, como resultado, fue maravillosamente guiado. David, el hombre conforme al corazón de Dios, también tenía este mismo deseo cuando dijo: «Enséñame, Señor, tu camino» (Sal 27:11). Si aprendemos de esta actitud, ¡experimentaremos personalmente cómo Dios enseña a los mansos Su camino!

La historia de la Iglesia también tiene ejemplos impresionantes de esto. Después de que George Whitefield hubiera

predicado en muchas iglesias de Inglaterra y se hubiera hecho cada vez más famoso, el clero empezó a luchar contra él. Whitefield fue calumniado y la gente empezó a advertir públicamente contra él. Entonces ocurrió lo siguiente:

«Mientras que a finales de 1737 Whitefield había sido con creces el más popular de todos los predicadores de todo Londres, a finales de 1738 se le prohibió el acceso a casi todos los púlpitos de las iglesias londinenses.

Whitefield no respondió a este nuevo ataque personal, por mucho que la malévola acusación debió de dolerle. Dirigió su mirada al que está sentado en el trono:

«Tú responderás por mí, mi Señor y mi Dios. Dentro de poco compareceremos ante el tribunal de Cristo, y entonces mi inocencia brillará tan clara como la luz, y resplandecerá tan resplandeciente como el mediodía.»

Cualquier cosa que hagan los enemigos del Evangelio con su astucia debe servir a los propósitos de Dios. ¿Acaso no es Él el Señor y Gobernante de toda la tierra, el que dirige los pasos y los corazones de los hombres (Prov 16:9) y el Consumador de Su salvación? Así pues, toda esta enemistad tuvo que servir para empujar a Whitefield hacia donde su Señor y Dios querían que estuviera, hacia donde le había elegido y llamado para ser Su siervo. Whitefield empezó ahora a plantearse predicar al aire libre:

«Prediqué dos veces ante asambleas abarrotadas; por la tarde debía de haber cerca de mil personas de pie fuera de la iglesia, y cientos tuvieron que volverse a casa porque no encontraban sitio dentro. Esto por primera vez me hizo pensar en predicar al aire libre. Se lo conté a algunos amigos, pero

pensaron que era una idea descabellada. En cualquier caso, nos arrodillamos y oramos para que no ocurriera nada precipitadamente».

La «idea loca» nunca abandonó a Whitefield. Si llegara el día en que sus oponentes consiguieran excluirle de todas las iglesias, entonces tendría púlpitos al aire libre dondequiera que la gente estuviera dispuesta a escuchar, y dispondría de salas tan grandes que nadie tendría que ser enviado a casa por falta de espacio. ¿Qué planeaba Dios? Whitefield estaba dispuesto a seguir a su Señor a donde Él le condujera». (B. Peters/George Whitefield – El Avivador de Inglaterra y América/CLV)

En efecto, Dios llevó a Whitefield a predicar después al aire libre. De este modo, pudo alcanzar a mucha más gente con el Evangelio de lo que habría sido el caso en los edificios de las iglesias. Una vez más, se cumplió la sólida promesa de Dios de que todas las cosas ayudan a bien a los que le aman (ver Rom 8:28).

¿Cómo experimentas la dirección de Dios en tu vida? ¿Lees la Palabra de Dios con la actitud de corazón de que Dios también pueda corregirte y reorientarte a través de ella? Confía en la buena guía de Dios, ¡aunque te envíe por un camino que conlleve sufrimiento!

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Más alegría en el Señor

En el profeta Isaías encontramos una afirmación notable: «Los mansos aumentarán su alegría en el Señor» (Is 29:19). También podemos aplicar esta promesa a nosotros mismos, – ¡y experimentar concretamente cómo cambiará nuestra vida como resultado!

De vez en cuando, ocurren cosas que se interponen en nuestro camino y no nos gustan. A menudo nos enfadamos o disgustamos por ello. En lugar de mirar al Señor y confiar en Su bondad, nos centramos en lo supuestamente negativo que acaba de ocurrir. ¿Cuál es la consecuencia? Desaparece la alegría en el Señor.

Pero hay otro camino. Isaías 29:19 nos muestra que los mansos pueden aumentar su alegría en el Señor. ¿Cómo debe entenderse esto? La mansedumbre significa ver a Dios detrás de las circunstancias y aceptar las dificultades o las decepciones de Su mano sin amargura ni resentimiento. Un espíritu manso no se enfada. Sabe que Dios no comete errores y que todas las cosas ayudan a bien a los que Le aman (ver Rom 8:28).

Esta certeza debería acercarnos más al Señor, sobre todo en las pruebas y las dificultades. Cuanto más vivimos en comunión con Él, más aumenta nuestra alegría, una alegría que es independiente de las circunstancias porque se basa en el Señor y en nada más.

Alegría en la cárcel

La Palabra de Dios nos muestra a un hombre que estuvo privado de su libertad durante cuatro años en la cárcel. ¡Imagínatelo! Encarcelado durante cuatro años y bajo vigilancia constante. Solo y separado de las personas a las que a ti te gustaría ver. ¿Qué efecto tendrían en ti estas circunstancias? ¿Cuál sería tu actitud interior hacia Dios?

.....
La mansedumbre es una confianza tranquila, una firme seguridad y tranquilidad del alma. Es la tranquila quietud de un alma que descansa en Cristo. Es el lugar de la paz. La mansedumbre brota de un corazón humilde que exhala la fragancia de Cristo.

(Matthew Henry)

.....

El hombre que acabamos de mencionar es Pablo. Si lees 2 Corintios 11:23-28, te harás una idea de todo lo que sufrió este siervo del Señor. Es impresionante que no se amargara con tantas circunstancias adversas. Al contrario: desde la cárcel escribe una carta que todavía hoy se llama la carta de la alegría: La Carta a los Filipenses. En ella dice: «Regocijaos siempre en el Señor. Os lo repito, regocijaos». (Flp 4:4).

¿No es asombroso? Un preso pide a los que están en libertad que se alegren siempre en el Señor. No escribe esta exhortación desde su mesa y vida cómoda, sino después de años de penurias y privaciones. Por eso sus palabras tienen autoridad moral. Probablemente sea motivo de vergüenza para muchos de nosotros, pero esto es exactamente lo que debe

ser nuestra experiencia cristiana: Gozo en el Señor, independientemente de las circunstancias.

¿Cómo pudo Pablo, aunque privado de su libertad, tener tanto gozo? Porque aceptaba las circunstancias de la mano de Dios con mansedumbre y les decía «sí» sin amargura. La vida para él era Cristo. Era de Él de quien se ocupaba el apóstol. Por eso se alegraba de que predicaran a Cristo, aunque fuera por envidia y mala voluntad, aunque lo hicieran con intención de infligirle sufrimientos en sus ataduras (ver Flp 1:17). Con esta actitud de corazón aumentó su alegría en el Señor en medio del sufrimiento. Nosotros también podemos experimentar esto cuando somos mansos, confiamos en Dios y Cristo es todo para nosotros.

Un espíritu manso y tranquilo no se deja perturbar por las circunstancias externas. Permanece en la misma actitud: en la prosperidad permanece humilde y en la adversidad no se deja perturbar. Pablo había aprendido a contentarse en la pobreza o en la abundancia. Los cambios externos no provocaron en él un cambio interno.

En la historia de la Iglesia, siempre ha habido cristianos que abrigaron una profunda alegría en su corazón a pesar de los grandes sufrimientos que padecieron en la cárcel. Un ejemplo impresionante de ello es el de la joven Varia, de 19 años, que confesó valientemente a Cristo ante las personas y posteriormente fue detenida y llevada a un campo de trabajos forzados.

María, otra cristiana que había sufrido mucho a causa de su fe, había mostrado a Varia el amor del Señor y la había llevado a Cristo. Cuando Varia fue enviada a prisión, María la visitó y después escribió lo siguiente:

«Cuando la vi ayer, estaba muy delgada, pálida y magullada. Sólo sus ojos brillaban con una alegría y una paz de Dios sobrenatural. Los que no han experimentado por sí mismos esta maravillosa paz de Cristo no pueden comprenderla, pero ¡qué felices son todos los que tienen esta paz! – Y a nosotros, que estamos en Cristo Jesús, ningún sufrimiento ni desengaño debe frenarnos en nuestra misión.

Le pregunté a través de los barrotes: «Varia, ¿te arrepien-tes del paso que has dado?».

«Oh, no», respondió, «y si me soltaran, volvería a ir y les hablaría del gran amor de Cristo. Pero no creas que sufro. Estoy muy contenta de que el Señor me ame así y me dé la alegría de sufrir por Su nombre».

Cuando Varia fue llevada a un campo de trabajo, aún pudo mantener correspondencia con María desde allí. He aquí algunos extractos de las conmovedoras cartas que demuestran que Dios no sólo puede salvar de la amargura a las personas que atraviesan un profundo sufrimiento, sino también darles una alegría que no es de este mundo:

«Querida María, por fin puedo escribirte. Hemos llegado sanos y salvos a Nuestro campamento está a quince kilómetros de la ciudad. No quiero describirte toda la vida aquí. Ya la conoces. Sólo quiero escribir un poco sobre mí. Doy gracias a Dios porque me da salud y porque puedo hacer el trabajo físico. A mí y a la hermana U. nos mandaron trabajar en el taller. Allí trabajamos con máquinas. El trabajo es difícil y la salud de la hermana U. no es buena. Así que yo también tengo que ayudarla. Primero hago mi trabajo y luego la ayudo. Trabajamos de doce a trece horas al día. Nuestra

comida es más o menos la misma que la vuestra, muy escasa. Pero no es eso lo que quería escribirte.

Mi corazón se alegra y doy gracias a Dios por haberme mostrado gracias a ti el camino para mi salvación. Ahora que estoy en este camino, mi vida tiene un propósito después de todo y sé adónde voy y para quién sufro. Siento la necesidad de contar a todos la gran alegría que llevo en mi corazón por mi salvación. Porque, ¿quién puede separarnos del amor que Dios nos ha brindado en Jesucristo? Nadie ni nada. Ni la cárcel, ni la tribulación. Los sufrimientos que Dios nos envía no hacen sino fortalecernos cada vez más en nuestra fe en Él. [...]

Somos muchos aquí los que creemos en Jesucristo como nuestro Salvador personal. Más de la mitad de los presos son creyentes. Tenemos grandes cantantes y buenos predicadores entre nosotros. Cuando nos reunimos por la noche después del duro trabajo, qué maravilloso es pasar un rato juntos en oración ante nuestro Salvador. Con Cristo hay libertad en todas partes. Aquí he aprendido muchas canciones espirituales hermosas y cada día Dios me da más de Su Palabra.

Celebré aquí por primera vez el nacimiento de nuestro Señor Jesús cuando tenía 19 años. Nunca olvidaré este maravilloso día. Tuvimos que trabajar todo el día. Pero algunos de nuestros hermanos pudieron ir al río cercano a pesar de todo. Allí rompieron el hielo y prepararon el lugar donde yo y otros siete hermanos fuimos bautizados aquella noche. Qué feliz me siento y cuánto desearía que tú, María, estuvieras también conmigo, para poder compensar un poco el mal que te hice en aquel momento. Pero Dios nos pone a cada

uno en nuestro lugar y debemos perseverar donde Él nos ha puesto.

Desde que Dios me reveló el profundo misterio de su santo amor, me considero la persona más feliz del mundo. Considero la persecución que tengo que soportar como un don especial. Me alegro de que, desde el primer día de mi fe, el Señor me haya dado la gran alegría de sufrir por Él. Orad todos por mí, para que permanezca fiel al Señor hasta el final. Que el Señor os preserve a todos y os fortalezca para la santa lucha que os está ordenada».

Esta es la última carta de Varia, la joven comunista que encontró a Cristo, le confesó públicamente y fue condenada a trabajos forzados. Nunca se volvió a saber de ella, pero su amor puro y su testimonio de Jesús muestran algo de la belleza espiritual de la iglesia sufriente y creyente de la clandestinidad.» (R. Wurmbrand / Torturado por Cristo / Operación de Socorro para la Iglesia de los Mártires)

El ejemplo del Maestro

Para concluir, volvamos a contemplar el magnífico ejemplo de nuestro Señor y Maestro. Vimos al principio que dijo a Sus discípulos: «Aprended de mí, que soy manso» (Mt 11:29). Esta exhortación se sitúa en un contexto muy interesante. Ocurrió exactamente en el momento en que era rechazado, se reían de Él y era blasfemado por la gente. Sin embargo, en estas circunstancias pudo decir «Sí, Padre» sin amargura en el corazón. Al estudiar los Evangelios, a veces resulta útil

comparar los distintos relatos de la vida de Jesús y leerlos seguidos. Los diamantes suelen estar en los detalles. El evangelista Lucas escribe lo siguiente sobre el momento en que el Hijo de Dios cosechó odio por su amor: «En aquella misma hora se alegró en espíritu y dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó» (Lucas 10:21).

.....
**Ten la seguridad de que no hay felicidad como
la del «cristiano manso». Tiene en sí mismo
un sol interior eterno, una fuente eterna de paz.**

(John MacDuff)
.....

No sólo es evidente aquí la actitud mansa del Señor, sino que también leemos que se regocijó en Su Espíritu en esta situación. ¡Alegría en medio de la tristeza! ¡Regocijo en medio del rechazo! ¿Cómo es posible? «Los mansos aumentarán su alegría en el Señor» (Is 29:19). Las circunstancias no le amargaron en modo alguno, sino que contribuyeron a su comunión con Su Padre en la oración, que llenó Su corazón de gozo. Cuando atravesamos los sufrimientos con espíritu manso, somos más que vencedores por Cristo, que nos amó. Porque la mansedumbre no sólo nos ayuda a soportar el sufrimiento, sino que también nos acerca al Señor y nos hace crecer espiritualmente.

¿En qué medida depende tu alegría de las circunstancias? ¿Qué puede ayudarte a tener un gozo interior independiente de las circunstancias? Recuerda: ¡la amargura o la ira perturban nuestra paz e interrumpen nuestra alegría en el Señor!

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Motivación para que seamos mansos

Por último, me gustaría mencionar tres puntos que pueden estimularnos a mostrar más mansedumbre en nuestras vidas:

- Cuando somos mansos, somos exactamente lo que Dios nos ha llamado a ser. Estamos en concordancia con el propósito de Dios para nosotros y estamos en armonía con la voluntad de Dios. Esto nos proporciona verdadera satisfacción y felicidad.
- Cuando somos mansos, algo de la vida de Jesús se hace visible en nosotros, y eso le glorifica. Cuando la vida de la vid (Cristo) se hace visible en los sarmientos (Sus discípulos), ¡se produce un fruto que permanece para la eternidad!
- Una vida mansa va acompañada de recompensas maravillosas: Encontramos descanso para nuestras almas (ver Mt 11:29.30), recibimos dirección de Dios (ver Sal 25:9) y aumentamos nuestra alegría en el Señor (ver Is 29:19). Además, podemos esperar la salvación del Señor en circunstancias difíciles si tenemos un espíritu suave y apacible. Pues la Palabra de Dios dice: «El Señor... hermosea a los mansos con la salvación» (Sal 149:4).

En cuanto al último punto mencionado, voy a citar de nuevo una ilustración práctica de la historia de la Iglesia:

«En 1796, cuando en Württemberg (Alemania) se esperaba angustiosamente la invasión de un ejército francés, la hija del pastor Flattich, de Münchingen, quiso que se bloquearan las puertas con travesaños. Cuando el anciano padre vio esto, dijo: «¡Oh, qué desatino! Hay que dejarles entrar y ser amable con ellos.

Cuando los soldados llegaron a Münchingen, fueron inmediatamente a atacar la casa del pastor. Allí, sin embargo, las puertas estaban abiertas de par en par, y cuando entró una tropa de soldados, el venerable anciano lleno de amabilidad se levantó del sillón y poniendo todas las llaves sobre la mesa para ellos les invitó en francés a llevarse lo que quisieran de la casa.

Los soldados se quedaron tan sorprendidos que pusieron al lado de las llaves lo que ya habían saqueado de la casa y se marcharon apresuradamente. (M. Haug/Él es nuestra vida/Steinkopf Verlag)

La mansedumbre desempeña un papel importante en la vida de un cristiano. Es un fruto del Espíritu (Gá 5:23) y una vestidura espiritual que debemos ponernos para que los demás la vean en nosotros (ver Col 3:12). La mansedumbre nos ayuda a levantar manos santas en oración sin ira (1 Tim 2:8). Debemos esforzarnos por ser mansos (1 Tim 6:11) y practicar la mansedumbre con todos (Tit 3:2).

La Palabra de Dios nos muestra a tres personas cuyos rostros resplandecieron, y todas ellas se destacaron por su mansedumbre. El rostro de Moisés resplandeció, y era el hombre más manso de la tierra en su época. El rostro de Esteban

resplandeció, como el de un ángel, justo antes de someterse mansamente a la voluntad de Dios en medio de una lluvia de piedras y de orar por sus perseguidores. El rostro de Jesús resplandeció después de ser rechazado por Su pueblo y se amparó en Dios orando en la montaña. En Él debemos fijar los ojos de la fe. Entonces experimentaremos lo que escribe David: «Le miraron y resplandecieron, y sus rostros no se avergonzaron» (Sal 34:5).

.....
**El secreto de una vida cristiana plena y poderosa
es mirar siempre a Jesús.** (J. C. Ryle)
.....

Hemos visto a nuestro Señor y Maestro mostrarnos y vivir a la perfección lo que significa ser manso: «Quien cuando le maldecían no retornaba maldición: cuando padecía, no amenazaba, sino remitía la causa al que juzga justamente.» (1 Pe 2:23). Dios es un juez justo. Por eso se encargará de que Cristo llegue un día a tener Sus derechos aquí en la tierra, cuando reine como Rey de reyes y Señor de señores. Dios pondrá a todos Sus enemigos a Sus pies y le dirá:

«En tu gloria sé prosperado; Cabalga sobre palabra de verdad, de humildad y de justicia» (Sal 45,4). ¡Esperamos esto con impaciencia! Bienaventurados todos los que siguen Sus pasos, pues Él mismo dijo: «Bienaventurados los mansos» (Mt 5:5).

¿Qué otros puntos se te ocurren que puedan motivarnos a ser más mansos? Dedicar algún tiempo a reflexionar sobre la mansedumbre que nuestro Señor y Maestro ejemplificó a la perfección. Pídele regularmente que te parezcas más a Él.

Notas:

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....